

Año XXXII.

Madrid, Jueves 16 de Mayo de 1912.

Núm. 20.

El cascabel al gato

Como hay que ponérselo y nadie lo hace, allá voy yo. Será la última iniciativa que tome en política.

No he consultado á persona alguna, siguiendo mi costumbre. De hacerlo, acaso no habría tomado esta iniciativa. Los pareceres ajenos hacen á veces dudar del propio.

Nisiquiera voy á razonarla. Parecería como que dudaba de que mis correligionarios la aprobasen. Y esto no lo dudo.

Sólo diré:

El republicanismo pasa hoy por crisis honda, que indigna á unos y desalienta á otros, tanto como alegra á los monárquicos. Esto lo sabemos todos.

Hay unos cuantos hombres que pueden salvarlo de esa crisis: Sol y Ortega, Azcárate, Lerroux, Soriano, Melquiades Alvarez, y Zulueta (Luis), unos por lo que valen y otros por las fuerzas que representan. Y conviene que se reunan y espongan cada uno las razones que tenga para no unirse á los demás.

Y si conviene ¿por qué no ha de hacerse? Y si ninguno de ellos lo hace ¿por qué no he de intentarlo yo? El recuerdo de que secundaron la iniciativa que dió por resultado la Asamblea de 25 de Marzo de 1903, se encargará de disculpar mi atrevimiento.

Apelando, por tanto, al patriotismo de todos, su amor á la República y su interés por el Pueblo, yo invito á los señores nombrados á que el domingo 26 del actual, á las cuatro de la tarde, se reunan en la casa (que pudiéramos llamar campo neutral) del señor Pérez Galdós, á decidir de la suerte del partido republicano.

¿Acuden, discuten y se ponen de acuerdo? Aquel día comenzará el partido á caminar por los derroteros que la mayoría de los republicanos desea. ¿No se ponen de acuerdo? Aquel día quedarán despejadas muchas incógnitas.

Y si no acudieren...

Pero, no; esto es inadmisibile. El que sea yo quien los invite, no puede inducirlos á desmentir su habitual corteza, ni á amortiguar el deseo que todos tienen de ponerse al unísono con la masa popular.

Y dicho esto, réstame únicamente rogar á Pablo Iglesias, con quien todos están conformes, que acuda también á la reunión, en nombre del partido so-

cialista; á Galdós, que me perdone el allanamiento de morada, en gracia á la intención que llevo; y á los señores invitados, que me dispensen el que me dirija á ellos en esta forma, por saber que acuden siempre en cualquiera que se les llame á trabajar por el triunfo de la República.

Queda á las órdenes de todos, y se despide hasta el día 26, su correligionario

JOSÉ NAKENS

Republicanos estilo Luis XV

J'observe longuement mon modèle, je ne lui demande pas de passer cherché, je le laisse libre d'aller et venir dans l'atelier comme un cheval échappé, et je transcris les observations que je fais. C'est par cette étude patiente que j'ai retrouvé parfois, les procédés des Grecs, grace au travail lui-même et non en imitant leurs statues.

(Judit Cladel.—«Augusto Rodin», página 29.)

La frasecita se las trae: «Republicanos Luis XV». Pero hay cosas que se demuestran, y la frasecita del margen es una de esas cosas. Cuando un joven analiza el Partido en que milita—las ideas, no, porque esas no tienen discusión posible—se suele decir en las altas esferas que es un ambicioso; y así como en el campo monárquico se habla de tapar la boca con credenciales, así en el nuestro de Agramante se charla de ansias de actas. Esto puede ser ó no ser, y en muchos casos es justo que sea, pero vamos á la médula del asunto, que no es otro que la investigación ó fiscalización de nuestro republicanismo, salte quien salte; lo cual será difícil, porque no estamos sobrados de luchadores y sí muy hartos de hipócritas, murmuradores de barrera de sombra y republicanos de tendido de sol.

Sentados los dos principios incuestionables: primero, que el Partido está partido, dividido, subdividido, fraccionado y micrométricamente seccionado; y segundo, que si particularmente cada jefe tiene talento de revolucionario y condiciones de gobernante, ninguno de ellos quiere ó puede oficiar de mediador para la unión, los escritores del Partido deben examinar en dónde está el mal, decirlo con sinceridad y exponerse á la excomunicación de los de arriba ó á la impopularidad de los de abajo. Esto escrito, continuemos.

Considerando que son incuestionables también estos dos principios, á saber: primero, que el objeto del Partido republicano es la Revolución; y segun-

do, que el fin de la Revolución es la absoluta y completa instauración de la Cultura, los escritores del Partido están moralmente obligados á indagar por qué el Partido no cumple con su objeto, sin preocuparse para nada de las razones por las que la Revolución cumplirá ó no con su fin. ¿Está esto claro? Pues, adelante.

Comprendido que son, á su vez, incuestionables estos dos principios: primero, que entre los que mandan debe existir uno, y nada más que uno, el cual por su autoridad espiritual, y las facultades de sanción concedidas determine lo que crea por conveniente; y segundo, que entre los que obedecen debe reinar la más edificante disciplina junto con la confianza absoluta en sus jefes, los escritores del Partido, fieles cronistas neutrales de los unos y de los otros, están cívicamente obligados á considerar en qué se fundamentan las diferencias de criterio de los jefes y la hostilidad de los súbditos, partidarios, corifeos ó secuaces. ¿Nos entendemos? En marcha.

Satisfechos de la buena voluntad que preside los actos de los titulados jefes de las secciones republicanas y de la no menor buena fe de los llamados unitarios, progresistas, federales, conjuncionistas, reformistas, radicales, nacionalistas y unionistas; en nombre de la pura idea de República, tal como se concibió en la cabeza de Platón, Bruto, Milton, Comwell, Danton y Pi y Margall, en nombre de la idea de Revolución, tal como hoy es definida y demostrada por la Ciencia, pedimos, suplicamos, rogamos, pordioseamos los escritores que los jefes procuren entenderse, conciliarse y unificarse, y que los partidarios estudien la manera de conformarse con la decisión de sus jefes. ¿Escuchamos? En camino.

Luego para acabar con un estado de cosas tan inverosímil como repugnante, sólo existe una solución, que no es de Sócrates precisamente, sino de Pero Grullo: no hablar, conceder una tregua, de Dios ó del diablo, y parlamentar con austeridad, gravemente, en secreto, las actuaciones, hasta la determinación inapelable y definitiva.

Item, sabiendo por experiencia que toda asamblea republicana es un gallinero, falansterio, aquelarre ó pandemonium; donde cada comisionado trae su programa tal como Dios y su buen deseo le dan á entender; cada diputado, su manera tradicional de entender la República; cada jefe su criterio de interpretar la revolución, creemos que debemos proponer, y proponemos en consecuencia, que los Comités, Juntas, Comisiones, Círculos y cacicatos se dejen de delegar á nadie y escuchen lo que sus titulados jefes superiores deliberen. ¿Parece bien? Veamos.

Otrosí: como del escarmiento nacen los avisados, creemos conveniente que las juventudes republicanas se abstien-

gan de trabajar por las elecciones de nadie, de hablar en favor de sujeto alguno, de cartearse con personaje influyente hasta que quede organizado el Comité de Salvación pública, ó como se titule, para que sus decisiones y órdenes sean severamente ejecutadas al pie de la letra y bajo castigos inexorables. ¿Parece mal? Concluyamos.

Amén de lo ya expuesto con sencillez espartana y sin floreos, como nos consta el abandono en que están los luchadores provincianos, la desorientación que sufren constantemente y el poco ó ningún auxilio que hoy por las circunstancias antes dichas del partido, pueden recibir, humildemente rogamos á los jefes se apiaden de esos héroes oscuros, sin los cuales nada lograrán en efectivo, así sepan hablar más que el monje Senequín de la abadía de Jory, que se pasó habiendo, en penitencia de un pecado que estuvo á punto de cometer, treinta y dos años, quince meses, cinco días y una hora. ¿Nos dimos cuenta? Resumamos.

Como el que esto escribe no tiene autoridad, ni quiere tenerla, dentro del partido; como se considera únicamente un escritor zuelo tan insignificante que ni aun quiere ó puede batirse cuando lo agravian; como lleva unas melenas imposibles, que á la legua lo inutilizan para todo cargo, así sea el de refectorio, y yo me entiendo—¿eh?—; finalmente, como tiene en la cabeza tantos libros, disgestos, ideales y romanticismos que apenas puede con su carga, pide, ruega, suplica, pordioseas, mendiga, puesto á los pies de Soriano, Melquíades, Lerroux, Sol, Iglesias, etc., et cetera..., que generosamente se citen, se ajen—no se aleen—, conversen, entablen negociaciones, se pongan de acuerdo y dictaminen, sin que esta petición tenga otra transcendencia, interés ó alcance que el profundo desconcielo de ver al republicanismo español en paños menores, atrofiado, congeccionado, con dos pulgadas de perímetro torácico, maquillado, enano y, para no serlo, calzado con zapatos á lo Luis XV, cuyos tacones son más altos que los zancos de aquel cartón de Goya, en la memoria de todos. Pido eso, convencido de que mi partido es vulnerable en esos tacones, como en el talón lo fué Aquiles, seguro de que los mojaron en la Estigia de la ignorancia, la envidia y la hipocresía. Amén.

EUGENIO NOEL

Suelto pedestre

Los concejales de Barcelona gastaron en Septiembre y Octubre de 1911, la friolera de 10.496 pesetas en coche.

Se comp. ende. Anduvieron á guisa tanto tiempo á pie, que han aprovechado la ocasión de ir al Ayuntamiento para desquitarse.

Convengamos en que muchos de los aspirantes á la concejalía saben lo que se traen entre manos.

Y quizás estuviera mejor dicho entre pies, teniendo en cuenta que se por en las botas, van en coche, se suben á la parra, operaciones todas en que juegan papel principal las extremidades inferiores.

Lo único malo para ellos, es que en ese cargo se ve el pie de que cojea cada uno y se pone en evidencia pronto el que mete la pata demasiado.

Pero pueden consolarse pensando en que todo tiene en el mundo su pro y su contra, y en que todavía no se ha puesto en moda echar á puntapiés á los que se encaraman sobre los hombros del pueblo para pisotear sus convicciones y cocear en la honra de sus respectivos partidos.

Carta abierta

Al Sr. Canalejas

Señor: A vos, que sois la más alta representación del Estado; á vos, que en su tiempo os habéis distinguido por vuestro espíritu humanitario y justiciero, me dirijo en nombre de las víctimas que en el penal de Figueras han sido torturadas del modo inquisitorial y criminal que en él es costumbre, para oprobio y vergüenza de un pueblo que, á más de llamarse civilizado, se ve administrado por un partido que blasona de liberal, de progresivo, y hasta de humanitario.

No sé si ya estáis al corriente de las torturas y crueles tratos que en el figuerense penal, por orden de sus sanguinarios director y administrador, con los infelices penados se vienen cometiendo de muchos meses á esta parte.

Pero por si es que realmente lo ignoráis, os diré, señor Presidente del Consejo de Ministros, que en el penal de Figueras hay una asesina ronda de cabos, que á la orden de su no menos asesino director Nemesio Melenas, y de su cómplice en lo de torturar á los penados, el administrador Ramón del Valle, con tal saña y con tal crueldad tratan á los reclusos, objeto de sus odios y venganzas, que ya se han dado casos de muerte, como la de Fabián García y otro, á consecuencia de las palizas y otros tormentos recibidos.

Son bastantes los penados que se han visto con la cabeza gravemente herida, con los brazos rotos, con las costillas hundidas y con el cuerpo algo más que acardenalado, gracias á las salvajes palizas dadas por la sayonesca ronda de cabos, y ordenadas por el no menos torturante director de aquel penal.

Palizas que se dan con gruesos palos que llevan conteras de hierro en la punta, y con bolsas llenas de arena.

¿Es justo, es humanitario, es propio de un pueblo medianamente culto y que ejerce de civilizador, Sr. Canalejas, que en las cárceles ó en los presidios, como viene ocurriendo en el de Figueras, se espalee, se torture, al extremo de que los apaleados fallezcan á la sombra de los calabozos y bajo la impunidad que conrede el cargo?

¿Es que un penado no es un hombre, un miembro de la sociedad, señor Canalejas?

¿Es que la vida de un penado no merece ningún respeto ni tiene ningún valor como á hombre?

¿Es con la tortura y el inquisitorial martirio dado á la sombra de la mazmorra como se corrige, regenera y moraliza al delincuente?

No creo que las palizas, las torturas ni los inquisitoriales tratos que en los calabozos del penal de Figueras, desde que en aquel antro de martirio ejerce de inquisidor á lo Arbués, el director Nemesio Melenas—según dicen muy protegido vuestro,—sea de modo más ó menos directo consentidos por vos, señor consejero de la Corona.

No creo tengáis la frescura de negar que en el penal de Figueras y á la sombra y amparo del silencio de sus calabozos, se tortura y asesina á los penados, como os habéis visto obligado á negar los tormentos de Cullera, porque á tanto entiendo, no os obligan las conveniencias de Estado, tratándose de simples y oscuros penados.

Pero si á todo os viérais forzado, os diría: Señor Canalejas, en los calabozos del histórico castillo de San Fernando, así como en los perales de Tarragona y Valencia, se hallan gimiendo las escogidas víctimas, descalabradas y cubiertas de laceras, á consecuencia de las mortales palizas y de los criminales tratos recibidos.

Por lo tanto, señor ministro, haríais un acto de verdadera justicia y de alta humanidad ordenando abrir una imparcial información en comprobación de los reales (no supuestos) tormentos que en las mazmorras del castillo de Figueras viene aplicando la asesina ronda de cabos capitaneada por su digno director y por su no menos verdugo administrador de aquel penal, y, según me las lenguas, tolerados y patrocinados por vos, señor Canalejas, cosa que de momento no creo, por más que se dice.

Señor Canalejas, de ordenar poner coto á los crueles tratos que con los penados del figuerense penal se vienen cometiendo de muchos meses á esta parte, contra toda ley y justicia, practicaréis un verdadero acto de humanidad por el que os quedarán los penados y sus familias, muy profundamente agradecidos y en su nombre os dará las gracias

LINCE

El Progreso, 9 Mayo 1912.

ASALTO Y SAQUEO DE ROMA

Seis de Mayo de 1527.

El cristianísimo rey Carlos I de España sabía que Jesús dijo: «ad á Dios lo que es de Dios y á César lo que es de César». Por lo cual cuando el Papa Clemente VII se dedicó á esterbar su política, se enfureció con el Papa, y cuando éste formó una coalición—la famosa Liga clementina—para combatirle, lanzó sus ejércitos tranquilamente contra Roma, sin importársele un bledo que Roma fuera la patria del catolicismo.

Roma era una ciudad armada, y las ciudades en armas son para los cesáres que las saben conquistar; así como los cielos son de Dios y para los creyentes que merecen escalarlos. Por eso Carlos I no pretendió entrar en los cielos; pero sí pretendió entrar en Roma en uso del derecho que Jesús le reconocía por su calidad de César. Y en Roma entró; mejor dicho, entraron sus tropas con toda felicidad, el día seis h zo trescientos ochenta y cinco años.

randean la Europa. No cabe mayor censura, mayor alabanza ni mayor imparcialidad.

Para el judío sincero, Jesús es un ideal: para el hipócrita, es un negocio: y el negocio consiste en apropiárselo, ponerle precio, encarecer el género y buscar comprador. Este fué el negocio jesuita, y fué el negocio de muchos *Contadores*. Su Dios es la cuenta: Jesús es el hijo de la cuenta.

En el tiempo del antijudaísmo, se hizo símbolo de ortodoxia el nombre de Jesús. La Inquisición, institución judaica por los cuatro costados, siguió el negocio. Los conversos se percataron, y procuraron ahuyentar el esbirro inquisitorial. Los buenos *contadores*, echaban sus cuentas.

Para no parecer judío ni judaizante, el judío metía una hija monja, un hijo fraile, un hijo clérigo, y llenaba de cruces y de *Jesuses* su vestido y las paredes de su casa (1).

LA COMPAÑÍA DE JESÚS, JUDÍA (2)

Es esta una novedad histórica, que demostraremos más adelante en todos sus puntos. Aquí no cabe otra cosa que adelantar las conclusiones.

Que la *Compañía de Jesús* es hija directa e inmediata de los *alumbrados*, queda probado hasta la saciedad: nos falta añadir que la secta esta figura en la concepción de la Compañía como elemento hembra, que aporta los materiales: el elemento macho que ha de fecundarlos y darles la forma definitiva, es la *Inquisición*. Del contubernio de estos dos elementos nació el jesuitismo.

(1) Los judíos y moriscos conversos, no podían ser familiares del Santo Oficio, ni colegiales de los Colegios, ni caballeros de órdenes, ni legos de convento, ni *clerigos* de iglesia; pero podían ser corregidores, magistrados, predicadores, obispos, frailes, condes y Duques, lo cual conviene saber para entender el galimatías de estas genealogías.

(2) No ha faltado quien, rebuscando en la psicología de las religiones los gérmenes de la *Religión de la Compañía*, creyó verla emparentada con el mahometismo, suponiéndole una gran dosis de sangre mahometana (1). La adopción de la *media luna* en el escudo de Ignacio vendría a confirmar esta opinión, que podría apoyarse además en los muchos tratos de los abuelos y tios de Ignacio que frecuentaron las tierras de moros, en la pasión que la Compañía demostró por los *colegios de moriscos*, que adoptó como especialidad suya en Valencia y Madrid, y en otros hechos que han motivado una frase suelta que he hallado en sus libros secretos de Gandía. Es un cuadernito intitulado: *Cosas que se han de averiguar*, y entre estas cosas por averiguar se halla la siguiente: «Los moriscos del reino de Valencia tienen odio grande á los cristianos, y á los jesuitas no» y de otra letra, se añade: «dicen, si todos como nosotros son...» (2). Siguiendo paso á paso á cada uno de los fundadores, pareceme descubrir que así como Ignacio aporta á la Compañía la sangre y espíritu judío, los que aportan la sangre morisca son Borja y Juan de Avila, el cual Avila es realmente el *verdadero místico* de la Compañía de Jesús y el que más ahondó en la mina de la mística parda. Avila ha dado pie á la novela de Fereal *L'Inquisition*, escrita sobre el gran error de no ver las relaciones de la Inquisición y del Jesuitismo.

Ignacio no tuvo en su sello la media luna: tuvo los tres clavos, unidos por las puntas y abiertos por la cabeza, en forma de abanico, etc.

(1) Herman Müller: *Los orígenes de la Compañía de Jesús*.

(2) Archiv. Hist. Nac. Jesuitas, 535 b.

Advirtamos ahora, como novedad de crítica histórica, que la Inquisición era institución judía en su origen, en su fin, en su espíritu, en sus procedimientos... y aun en sus gentes.

¿Cómo puede ser esto, cuando los judíos fueron tan sañudamente perseguidos? Aquí está la dificultad y la solución. Al estallar esta persecución los judíos llenaban las cortes de los Reyes y de los grandes, los palacios episcopales, los cabildos y los conventos. Esta es la novedad histórica: el judío buscaba y lograba siempre los oficios más descansados y reproductivos. El Duque iba á la guerra: el judío su contador, al botín; y éste solía quedarse con el botín y aquél con la guerra. El hidalgo iba á guerrear para defender al clero: el hijo del contador se metía clérigo ó fraile para ser defendido. Cuando la Inquisición fué un negocio, el judío fué su más apasionado defensor.

¿Que persiguió á los judíos? En esto está el ser judío doble: en vender al hermano; y esta es la novedad crítica.

La Inquisición fué el elemento macho que dió forma y vitalidad al instituto. Hasta que no penetró en ella el inquisidor Nadal, mallorquín, no adquirió verdadera vida.

Y aquí comenzaron á ser judíos dobles, mientras que los *alumbrados* legítimos eran judíos simples.

Los Cazallas, judíos; los Alcaraz, judíos; Gabriel Sánchez, judío; Medrano, judío.

Por muchos lados Ignacio estaba emparentado con judíos. Nació en tierra epleta de judíos. Fué educado por ayes judíos, conversos de veras ó de mentirijillas. Frecuentó los tratos de los mayordomos, *contadores* y *pagadores* del Duque del Infantado, de Béjar, de Almazán, Marqués de Villena y Condes de Cabra y Buendía, judíos todos, con pocas excepciones.

La abuela de Lainez, segundo general de la Compañía, judía pura: el consocio de Ignacio en Alcalá, Cáceres, judío: el jesuita Segura, judío: Juan de Lucena, judío: Medrano acusa de judíos á sus sobrinos: Ignacio (Juan López), acusa de judaizante á Francisca Hernández y Medrano: él mismo en Alcalá es pesquisado por judaizante: fué apasionado hasta la muerte por los judíos.

Todo esto y mucho más demostraremos documentalmente.

Este es, pues, el conflicto de Ignacio y de su sociedad. Judíos y *alumbrados*, y como tales reos de la Inquisición y arrojados de la Iglesia, por una parte; y por otra parte sin más oficio ni industria que la *beatitud* monopolizada por la Iglesia, era menester canonizar y consagrar como *católico* el iluminismo judío, y para ello debía buscarse el medio de ahuyentar toda sospecha de origen judío y todo indicio exterior de *alumbrados*, gritando contra los *alumbrados* y contra los judíos, jurando y perjurando no tener que ver con ellos. Y á esto vino el *Nombre de Jesús*.

S. PEY ORDEIX

(Concluid).



Mal remediable

¡Oh vosotros, padres que soléis tener hijos y la costumbre de bautizarlos! Pagad puntualmente el importe del sacramento al cura, para que no os veáis en el trance que hoy se ve Francisco Ramírez, vecino de Oñate (Navarra): procesado á instancias de su párroco, don Nicolás Gamaro Pérez, y expuesto á sufrir un año y un día de prisión correccional.

El hecho de autos es el siguiente:

Al ir á satisfacer el Ramírez los derechos del bautizo de su noveno hijo, insinuóle al Gamaro su deseo de que le enseñase el Arancel, y el buen párroco contestóle que no le *daba la gana*, echándole á la calle con cajas destempladas.

Y á partir de entonces, le aludía en sus sermones sin mentarlo; y tanto llegó á prodigar sus alusiones molestas, que un día, según se desprende del sumario, aguardó el procesado al párroco y le afeó su conducta en palabras y términos gráficos.

Denunció á los tribunales el párroco, se siguió proceso, y el fiscal pide para el Ramírez la pena que he dicho.

¿Remedio para evitarse estos disgustos? No contar con los curas ni al casarse, ni al tener hijos ni al morir.

Por algo dice la Biblia: «quien ama el peligro, en él perece».

EL RIF

(APUNTES DE VIAJE)

Yendo por el corazón de España he visto un pueblo tan triste de ver, que á cada momento me hacía cerrar los ojos, de manera que me cuesta creer no lo haya visto en algún mal sueño. En este pueblo, las pocas gentes que quedan, es tanta el hambre atrasada que tienen que casi se han acostumbrado á no comer. Estoy seguro de que dándoles de pronto una comida sustanciosa se las mataría, como se mataría á ciertos enfermos. Pan y cebolla, no comen otra cosa; pero ¡qué pan! Carne, los días de la fiesta del santo. Así que están desmurrados. Les pasa lo que á la planta que, falta de jugos nutritivos, tiene que alimentarse de sí misma, de sus reservas vitales, ó sea devorándose. Son autófagas, no comen; luego tienen que comerse, para estirar algo su vida animal; tienen que vivir de su propia degeneración, de su propia destrucción, yendo siempre á menos.

Aquí, y en los aldeorrios vecinos, hay familias de enanos que se heredan desde hace más de un siglo el privilegio de no enviar ningún individuo al ejército. Estos enanillos legañosos podrán ser españoles; pero yo más quisiera que no fuesen. Se ven ancianos chupadiscos, en los huesos, altos, faces buitreces, resistentes y nervudos año, que de ordinario tienen los hijos «por ahí». Hermosos tipos! Indudablemente, esta ha debido ser una raza recia, tremenda. Los demás, los jóvenes que quedan son

unos desperdicios de raza, abreviaturas de hombre, conatos de hombre, homináculos. De algunos se sacaría provecho llevándolos en jaulitas á Inglaterra ó Alemania, como hominismianos, ó exponiéndolos en los Museos de Historia Natural de esas naciones, para demostrar á todos, chicos y grandes, los efectos físicos de las injusticias consentidas demasiado tiempo por toda nación que se olvide de ser grande.

En este pueblo de pesadilla hay un cura que, el pobre, apenas ve y apenas oye, de viejo, y apenas habla más que de la patria celeste con voz cascada; un maestro que no hace más que «cascar las liendres» á sus hijos; un cacique que no es nada sin otro cacique que nunca pisa el pueblo. Saben leer, diez ó doce, y ellos servidores del sucacique, parasitillos. Fuera de estos diez ó doce, nadie sabe quién es el jefe del Gobierno, ni le importa. Tener idea de las leyes ciudadanas, ni los diez ó doce. «Hecha la ley, hecha la trampa», dicen los leídos y repiten los no leídos. O como me decía, dándose aires de superioridad, un vejarrón lleno de experiencia: «Créame usted, joven, al pobre le toca siempre la de perder.» Apenas saben si hay guerra, ó lo saben de una manera infantilmente salvaje. «A valientes nadie nos gana á los españoles.» Además, creen que guerra tiene que haber siempre. Fatalismo, rutina, dejadez, suciedad, crueldad, superstición, enanismo mental, odios mortales de pueblo á pueblo, batallas de moceros. Una cabila. ¡Qué! Peor, peor.

Acabo de recibir periódicos. Todos traen grandes títulos: «España en el Rif.» Todos traen las inmorales, los delitos increíbles que se echan en cara los ministros de una y otra banda, que se llaman piratas, para luego quedar tan amigos. Yo creo que los periódicos pudieran permitirse intitular esta podredumbre: *El Rif en España*, con caracteres más visibles: «¡Ay, ya que los rifeños, estando tan lejos y no sabiendo el español, no tendrían ocasión de darse por ofendidos. De todas maneras, ahora me doy más perfecta cuenta de lo que es la guerra de Africa. La guerra de Africa consiste en que los que han hecho de España un Rif se enterocen lógicamente en que el Rif sea una España, cosa que los rifeños no quieren, sin duda porque les parecemos demasiado rifeños.»

Hay que conquistar el Rif, sí. El Rif de España.

TOMÁS MEABE

Contiendas frailunas

¡Hasta los frailes buscan ya el apoyo de la Prensa con motivo de las originales y pintorescas contiendas que entre los de una y otra orden se suscitan!

Pero no se crea que para tratar de tales discordias acuden los católicos á su Prensa, á la que parece que debieran ir con tales embajadas; no. La «buena Prensa» no les sirve para el caso, según ellos mismos declaran, porque pocos se enterarían por ella de sus culpas y desventuras. Lo que les conviene es un

diario de gran circulación, para que la noticia trascienda y llegue á quien les conviene que la conozca.

No está mal la franquiza.

Nada menos que el diario republicano de la Coruña «Tierra Gallega» ha sido el elegido por los hermanos de la venerable «Orden Tercera» para que les preste apoyo en defensa de sus derechos, que dicen atropellados por otros hermanos: los «Padres Pasionistas».

El caso es peregrino, y más aún es disputa entre católicos, que no es originada ni más ni menos que por el disfrute de la casa que poseen en Mondoñe o los «Terceristas» y que los «Pasionistas», pretenden hacer suya.

Para lamentarse de que se les arrebatase su residencia es para lo que los Terceristas han acudido á «Tierra Gallega»: publicando un Manifiesto.

Este no tiene desperdicio.

Se lamentan en él los frailes que van á quedarse á la intemperie, de que su casa, respetada en tiempos revolucionarios, no lo sea ahora por otros hermanos.

¿No es cierto que el pleito es curioso y que el acudir á la «mala Prensa» para hacerlo público se presta á más de un comentario?

¿Qué dirán á todo esto los católicos y sus diarios?

El Liberal

La mortalidad

Al paso que la mortalidad decrece en todos los pueblos cultos, modernizados, donde hay orden, higiene y pan, en España la curva demográfica es cada día más alarmante. En 1859 la mortalidad fué de un 20 por 1.000. En 1900 de 29 por 1.000. Casi un 50 por 100 de aumento. Así se gobierna un pueblo y así se agota una raza.

RAFAEL GASSET

A lo que estamos, tuerta

El día 7 del actual se suicidó en Borjas Blancas D. Manuel Benet y Benet, dejando un escrito en que declaraba que lo hacía por conveniencia propia, y que deseaba ser enterrado en el Cementerio Civil.

Acudió el párroco al lugar del sinietro, por si podía administrarle siquiera la extremaunción; pero al enterarse el juez del escrito, indícale que no podía llenar su misión allí, porque la ley prohíbe que los suicidas se entierren en sagrado.

Pero el cura, que debía tener algún interés especial en archivar el cadáver en el cementerio católico, se presentó con otros dos de su oficio y un médico muy católico en casa de la familia del difunto, de la que recabaron el enterramiento en el cementerio católico; y cátese al librepersador Benet mezclado después de muerto con los creyentes que combatió en vida.

La Juventud republicana compró una corona para depositarla en el féretro

del muerto, y su familia no la admitió; á pesar de esto, de trescientos á cuatrocientos republicanos aguardaron el cadáver la puerta de la iglesia, en la que habían entrado, con mucha reverencia y compunción los caciquillos del partido.

Cada vez que leo una noticia de esta clase, bailaría de regocijo, si supiese bailar.

Antes se agarraban los clericales á cualquier pretexto para negarse á enterrar en el cementerio católico el cadáver del prójimo que desafiaba en religión. Hoy cometen toda suerte de barrabasadas para que no se les escapen ni los suicidas.

Esto prueba que no son tan imbeciles como creemos, y que han comprendido que por ese lado se les pueden ir muchas pesetas.

Los que entran en el cementerio civil, no pueden producirles ya nada. Si están en el Infierno, como ellos aseguran, nadie se cuidará de decir misas ni responsos para que sa'gan.

Mientras que, archivándolos en el católico, dan á entender que pueden estar en el Purgatorio; y como del Purgatorio se sale con sufragios, puede antojársele un día á alguna persona de su familia emplear unas pesetejas en sacarlos, y...

Lo dicho, no son tan imbeciles como creemos.

Sobre una falta á la moral

Un día un sacerdote comete un acto inmoral, y sale la prensa clerical cubriendo con su bandera el escándalo, y la prensa anticlerical queriendo darle publicidad. Las dos hacen bien en sus respectivos papeles. La obligación de los neos es tapar las máculas de los suyos, como la de los demócratas es impedir que se repitan hechos que repugnan á la conciencia general. Si un sacerdote desciende á ejecutar actos que son censurados cuando los ejecuta un seglar, la medida con que juzgue esa acción debe ser distinta. A mayor conocimiento de la ley corresponde mayor pena si la conculca. El juez que comete un delito castigado por los Códigos, debe ser perseguido con más rigor que cualquiera otro mortal que desconoce de manera cierta las leyes, como el sacerdote que falta á la moral debe ser castigado con todo el rigor que reclama la sanción pública. Uno y otro son guardadores de tesoros morales que les confió la sociedad, y si ellos son los primeros en faltar á la ley moral ó escrita, ¿con qué razón y fundamento exigirán á los demás el respeto y cumplimiento de esa ley y de esa moral? No serían atendidos, ó, si fueran atendidos, habría que sospechar que los que amparaban la falta corrían el peligro de ser considerados como materia disponible para ser víctimas de los juicios más compasivos, más reprobados y severos.

Sin embargo, en los actos reprobables que cometen los que tienen el de-

ber de ser morales en todo tiempo y ocasión, puede existir una causa determinante, imposible de eludir. De un loco no deben esperarse sino locuras. Cuando el guardador de la moral comete una acción fea, hay 99 probabilidades contra 100 de que la locura anda muy cerca de trastornar el cerebro del que cometió aquella acción. Entonces no debe ir la pena relacionada con el delito, sino con el grado de luz que alumbre el cerebro del delincuente. Así como en los crímenes pasionales se tiene en cuenta el grado de ofuscación que haya podido haber en el criminal, en los que comete la bestia desencadenada es prudente mirar las circunstancias que le impulsaron a cometer el delito. Hay una interrupción en el funcionamiento de la razón, ó funciona ésta mal, y jamás se nos ha ocurrido pensar en la vida ordinaria, que la hora exacta es la que marca el reloj que sabemos ha sufrido por sí variación grande en la marcha de su mecanismo.

Yo, pues, disculpo á ese sacerdote. Yo pienso que su máquina cerebral sufrió el trastorno necesario para realizar aquella acción fea. Fué tan intensa la necesidad erótica, de tal modo flageló la carne el deseo, que la bestia mató al hombre, el sacerdote hizo bueno al seglar, y saltó el escándalo. Puesto en el trance de caer en pecado de lascivia, sólo restó la ocasión, que vino su misa. Ahora, lo que vino mismo diligente fué el escándalo. Tal vez actos de esa índole se cometieron antes por el mismo individuo, pero no hubo escándalo. Tal vez sufrió más la honestidad, la inocencia quizá perdió su pureza, pero no hubo escándalo. Este fué el que dió la medida del delito. Hubiéralo cometido su autor en el secreto de la estancia, y la prensa anticlerical no lo hubiese sacado á la luz ni la prensa nea lo hubiese desautorizado.

Pero vuelvo á mi idea. Si hubo escándalo y éste fué promovido por quien mas debió evitarlo, el castigo debe ser inmediato. Pero el castigo debe ser inmediato y duradero. No podrá consistir sólo en el alejamiento del autor, porque allí donde vaya podría repetirse el acto. Para ser eficaz el castigo debe ir acompañado de la privación de la profesión. Un sacerdote que comete un acto inmoral con gran escándalo de las gentes, no puede, sin escándalo, volver á verse en el lugar que causó el escándalo. Cuantos le vieran bafarian en la profesión lo que sería justo atribuir al hombre. Cuando menos cabría exigirle que no se presentase en sociedad, deambulando por las calles, vestido con el traje talá.

De esta manera se evitarían murmuraciones que no siempre vienen á cuento. La opinión pública es quizá demasiado severa con esos sacerdotes que vemos por ahí vendiendo salud y alegría. Los que sufren, quieren que los demás sufran, ¡qué grande el egoísmo del hombre! No puede ver éste tal vez un pobre obrero, que sus hijos carezcan de pan mientras los otros derrochan lo superfluo. La desigualdad salta á la vista á poco que se examinen y se comparen personas y cosas, y si Dios echa al hombre desnudo al mundo, igualando así al nacer á todos los hombres, es contra ley divina y contra ley natural establecer después diferencias incontestables por razón solamente del na-

cimiento ó de la profesión. Como Dios al crear al hombre lo creó desnudo, Jesús, hijo de Dios, significó esa igualdad al lavar los pies á sus discípulos en la Cena. De tal palo, tal astilla. Sólo el hombre parece que reniega de su origen, por lo reacio que se muestra á aceptar las leyes naturales como la principal cantera del deber y del derecho.

Cabría también, en aquel particular, obligar á los sacerdotes á que se casen. Esto que repugna á la Iglesia, es ya de seo vehemente de gran parte del clero católico. No habría entonces tanto escándalo; ya que el sacerdote tendría que mirar, no sólo por su nombre, sino por el de sus hijos. Estaría también mejor garantida la castidad de algunas mujeres. En vez de alejar de San Sebastián al sacerdote que hiciera madre á una joven, sin remisión de arreglo, el matrimonio sería el pabellón que cubriese esas faltas. Entonces si que cabría pedir el exacto cumplimiento del deber de padre. No habría, no, como ha visto el autor de este artículo, sacerdote que contase con dos ó tres pequeños á quienes no podía dar un nombre...

J. G. ZTELU

La emigración

Allá van los hombres camino de América; allá van á la guerra, sin que recordemos los cálculos de A. Birral, que afirma que cada ciudadano ausente hace perder á la riqueza de su patria 33 000 francos... M ramos estoicamente como fuya la sangre de la herida emigratoria... No tenemos escuelas, no tenemos justicia, no tenemos riqueza.

RAFAEL GASSET

Uno de tantos

Ha muerto en Berlín el abate Liébe en circunstancias misteriosas.

Su abogado, un representante de la justicia y dos peñitos en piedras preciosas, constituyéronse en su domicilio y comenzaron á practicar registros, encontrando 235 zafiros, 218 diamantes, 164 turquesas y 50 ópalos, rubíes y perlas, aparte de una cantidad de *bibelots* de un gran valor.

Llamó principalmente su atención un cáliz de oro macizo, de 45 centímetros de alto y adornado de 438 piedras preciosas, en medio de las cuales se encuentran engarzada una cruz de diamantes, cuyo centro está formado por una esmeralda.

El cálculo pericial de los preciosos objetos hallados durará quince días, y se estima en dos millones de francos el valor de las piedras preciosas. Se ha averiguado que Liébe tenía importantes depósitos en varios Bancos berlineses.

El difunto fué misionero y mineralogista distinguido.

Y, sobre todo, practicó el precepto de dar pan al hambriento y amparar al desvalido.

¡Pobre pueblo!

Apuntes del natural

«En Fez, iba leyendo en un periódico, van á ser fusilados ochocientos marroquíes rebeldes».

«Si, exclamé, tan rebeldes como nosotros lo éramos en la guerra de la independencia».

Al pasar de la siguiente frase: «Si los muchachos alborotan, se les dan unos cuantos *vergonjones*, que se curan con sal y vinagre y escaurientan. ¡Y eran padres los que lo decían! ¡Vaya un amor paternal!»

Cuatro pasos más allá oigo el siguiente diálogo entre dos jóvenes:—¿Te han pegado en casa?—decía uno con voz comovida en que vibraba un alma generosa.

Y el otro, pálido, anémico, con voz triste, muy triste, con una pasividad, con una resignación, que daba escaofrío, contestó: No te preocupes por ello; aunque me peguen, cuando lo hacen será que lo merezco.

El amigo soltó una exclamación de enérgica protesta, y abrazó al desventurado, que inclinó la cabeza sin decir nada; pero en sus ojos, hundidos, brillaba fugaz destello, revelador de una vida de paría á que le condenaban los que más le debieran amar, acaso los mismos á quienes un sincero amigo consoló cuando sus padres les pegaba.

Pasaba una procesión, un maestro, vara en mano, como los bastoneros de los bailes, colocaba en su puesto y sacudía de vez en cuando á los chiquillos.

Una pobre mujer arrastraba á un niño de seis años, que lloraba á gritos, hacia la iglesia, y de vez en cuando le daba un cachete. ¡Pícaro, decía, á la procesión!

Arrugué nervioso el periódico que anunciaba la hecatombe de marroquíes.

Miré como se mira un fenómeno monstruoso, á los padres que pedían para su propia carne, vergajazos y humillaciones.

Vi en la pompa religiosa que seguía en la cruz, no á Jesús, el humilde, el amante de los niños, de los pecadores, de los débiles, sino al Dios del Sinaí, á los pontífices y sacerdotes hebreos, autoritarios, soberbios, dominadores, sin entrañas.

Aquel niño que lloraba, arrastrado por su madre hacia el templo, se me representaba aque las inocentes víctimas que en Fenicia y Cartago se ofrecían al sanguinario Moloch, y las libinidosas Astarté, Milita ó Tanit.

Huí de allí temiendo no poder sofocar mi indignación y que estallase en protesta airada al ver: pegar delante de Dios del perdon, al ver la falta de amor á los hijos manifestándose ante el Redentor de la humanidad, leyendo en la macilenta faz del joven resignado, del predestinado al aniquilamiento físico y moral, el horror de una cadena interminable de dolores.

Llegué á casa, y para distraerme cogí un periódico ilustrado. Al poco tiempo le arrojé al suelo con honda pena. Todo él se refería á hacer apoteosis del sport, de la tauromaquia, reverberrado de todos colores.

Salí á mi ventana; el sol iba declinando hacia el ocaso, como nuestra ra-

za declina bajo la pesadumbre de prejuicios y convencionalismos medioevales más aún, semibárbaros.

El periódico, los padres brutales, la madre fanática, el pobre maestro sometido y á la vez cruel, el joven que encuentra natural que le maltraten, dirán acaso que son caóticas vibraciones de un cerebro exaltado, y no lo son.

Son otra cosa más honda, más triste, más negra: reflejos de la degeneración de la raza que civiliza matando, que hace egoístas á los padres, que fanatiza á las madres, rebaja á los educadores, esclaviza á los jóvenes, hace granjería de la fe, de la justicia, del deber.

El joven resignado es el pueblo, cuando dice á los que quieren despartarle: Dejádme, si me pagan, lo merezco; si me explotan, para eso son más fuertes, para eso me arrojan de vez en cuando vino y pan...

Mi alma se sublevó ante desdicha tanta, ante tal apatía; quise dejarme ir á donde mi labor no fuese tan infecunda; pero oí en lo más profundo de mi alma una voz que decía: ¡Insensato! ¡Cobarde! Si te alejas ¿quién sufrirá con ellos sus dolores?

Tan amarga como real es hoy mi crónica de la semana. Estas aldras vegetan, no viven, y si no se las infunde savia potente, anhelos de dignidad é independencia, seguirán creyendo que si el fariseísmo los domina, si el cacique las explota, hacen bien en pagarlas y deben resignarse; es más, agradecer los latigazos.

¡Qué vez! ¡Qué vez! ¡Qué desdicha!

FEDERICO IRIBARTE DE LA BANDA
Ramales, Abril de 1912.

Nada de privilegios

El diputado jaimista Salaberry, pidió en el ridículo mitin de Murcia, que se castigue á los blasfemos y á sus cómplices y encubridores, y á quienes blasfemen en periódicos y folletos, y á los que compran estas publicaciones.

Y á los que se limpien algo reservado con los papales carcas, aunque sea por el lado de la Sección de cultos ¿qué?

Puestos ya á ver por la pureza de todo lo que del hombre sale, no debe repararse en conductos.

Sea establecer privilegios incompatibles con la equidad y dejar á medias esa plausible obra de higiene moral.

Igual que todos

El Pueblo de Tortosa dirigió al rey don Alfonso XIII un artículo al llegar a aquella población, en el que le decía que, si lo leyera «sabría quienes son los monárquicos de Tortosa y los católicos de Tortosa»:

«Son, añadía, los que un día, para robar unas actas, mataron á unos desgraciados en el Ayuntamiento.

Son los que, flagiándose santos, hicieron un Mataero con el que pretendieron á costa de Tortosa, un negocio de 80 000 duros.

Son los que devastaron el Hospital y

arrojaron á los enfermos á un caserón donde mueren los que entran para curarse.

Son los que en jornadas tristísimas, cuando una inundación del Ebro arrasó los campos, se quedaron con los dineros que la caridad reunió para aliviar á los damnificados.

Son los que han dejado en tal situación económica el Ayuntamiento, que tiene embargados por la Hacienda todos sus bienes, y ha llegado á no tener siquiera crédito para adquirir el petróleo del alumbrado.

Son los que se han opuesto siempre á que se suprimieran los consumos, porque con ellos han podido enriquecerse y tener en días de elecciones hombres para hacer ruedas, para votar con nombre supuesto.

Son los que no pagan el cupo de la Hacienda; son los que no pagan el Contingente provincial; son los que siempre deben á los empleados dos, tres, y hasta cuatro meses.

Son los que tienen las escuelas en caserones inmundos, con ventanas á un barranco por donde corren las aguas sucias de la población.

Son—y ahora hablamos de marqueses y potentados—los que no pagan el reparto municipal: años y años, porque canjean las papeletas del reparto—las papeletas que los pobres han de pagar—por votos de esclavos en las elecciones.

Son los que tienen los caminos abandonados. Son los que han causado y causan la miseria de esta tierra rica, de esta ciudad trabajadora.

No exageramos, Señor: en vez de ir á ver el Canal, id y decid que os enseñen los libros del Ayuntamiento.

En vez de ir al banquete, id á la Beneficencia y al Hospital y decid que os presenten á los enfermos y los asilados.

En vez de ir al Observatorio, id á las Escuelas públicas. En vez de pasar por las calles y por las carreteras que están arreglando hace un mes, id y pasad por las calles ocultas y por los caminos vecinales.

En vez de estrechar las manos de todos los que os vengán á recibir, preguntadles si aquellas manos han trabajado en bien de Tortosa, han pagado el reparto, han sido honradas siempre.

Si no pasáis por debajo de los arcos de triunfo que os harán con dinero de los pobres que pagan reparto; por las carreteras que han arreglado con dinero de los pobres que contribuyen á las cargas municipales, conoceréis bien lo que es Tortosa.

Y conoceréis quiénes son los hombres que os acompañan.

Y comprenderéis cuál es la obra de la monarquía en Tortosa.

Y por ella adivinaréis cuál es la obra de los monárquicos en España.

Y al adivinarlo, pensaréis muy bien en lo lógico que es el que seamos republicanos, el que luchemos para dar al pueblo que sufre, que trabaja, que no come, la soberanía que por derecho le pertenece.

Se conoce que *El Pueblo* no tenía materia para escribir el artículo de fondo aquel día, y alargó cuanto pudo el tema para llenar un par de columnas.

Con habido dicho: «Los monárquicos y católicos de Tortosa son como los de

todas partes», hubiera expresado exactamente lo mismo.

CUADROS ESPAÑOLES

En Enero de 1907 falleció en Segovia la niña de cuatro años Agustina Benito, y fue enterrada en el Cementerio Civil. Los clericales persiguieron con saña implacable á sus padres, sin darles paz ni reposo durante más de medio año.

Y ahora, al cabo de cinco años, vuelven á torturarlos, intentando forzarles á trasladar los restos de su hija al Cementerio Católico, á lo que ellos se oponen tenazmente.

El gobernador civil de la provincia ha autorizado esa traslación arbitraria, y contra esta disposición han recurrido los padres al Ministerio de la Gobernación, donde está en tramitación el expediente.

Y el ministro ¿qué hará?

¿Va negar á la Santa Madre Iglesia los mismos huesos de esa joven difunta?

Ni por pienso.

¿Para qué querrá el obispo de Segovia estos huesos? ¿Será para palillos de las mesas del cabildo y de los conventos?

Procuraré enterarme.

BIBLIOTECA

DE LA

INQUISICION

Van publicados:

Almanaque.

El Santo Oficio.

Los Autos de Fe.

Quema de brujas en Logroño.

Carne ultrajada y quemada.

(Colección de Autos de Fe).

A PESETA cada tomo.

EN PRENSA

Despojo, infamia y hoguera.

(Colección de Autos de Fe celebrados por la Inquisición de Córdoba.)

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos cada colección.

CIENCIA

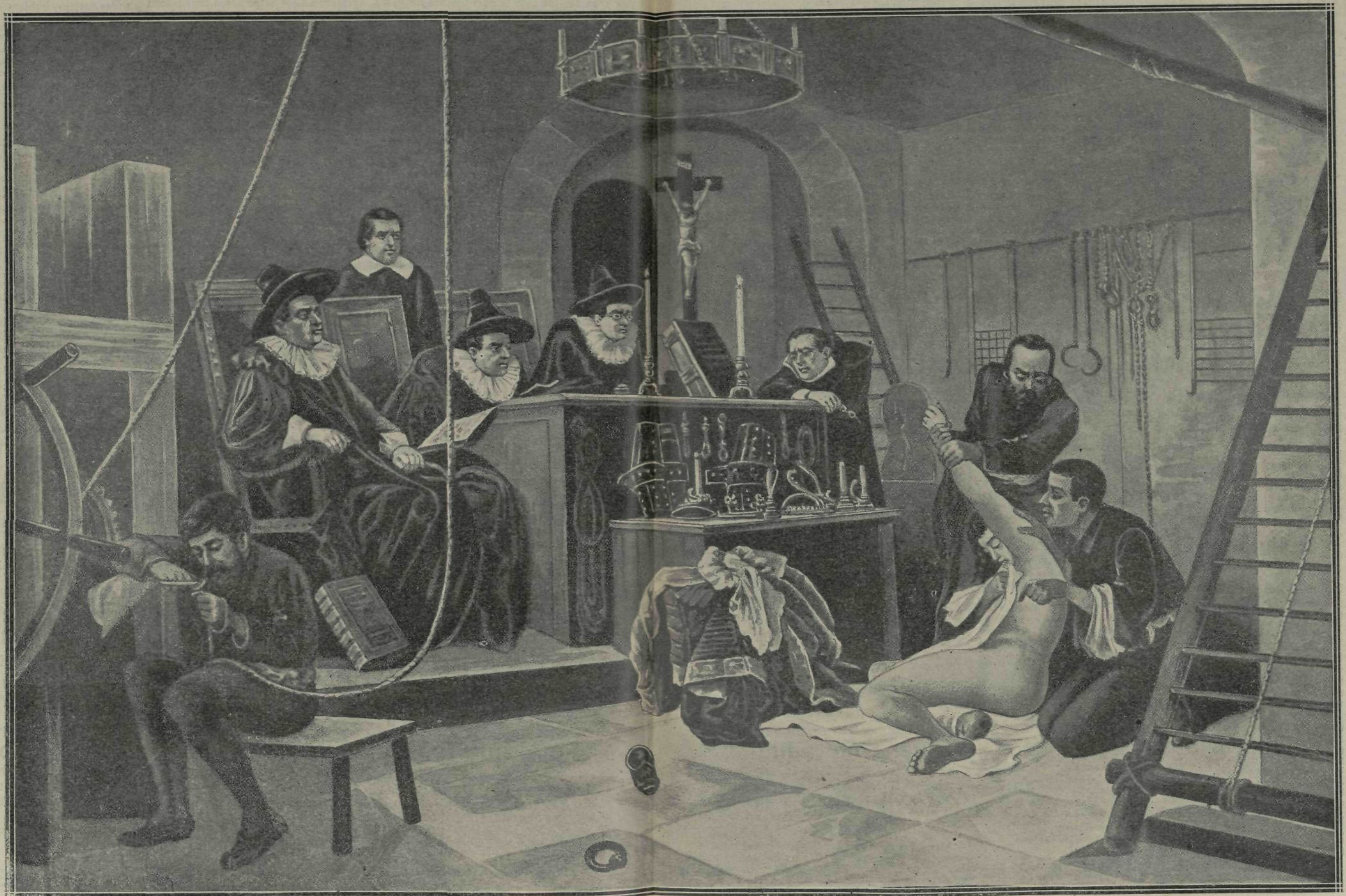
Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Tormento de una hechicera en la Edad Media.

Ayuntamiento de Madrid

LOS TRAPENSES

UN LIBRO CLIMATÉRICO. ¡OJO CON ÉL!

Poco días antes que insertara el *Harald* una interminable y desaliñada crónica laudatoria á estilo neo de los monjes de la Trapa situados entre Jatafe y Vallecas, aparecía un grueso tomo, en cuarto, con disparatada lámina modernista en la cubierta y el título: *Los trapenses, apuntes históricos, por Elpidio de la er.*

Quien conozca al autor sabrá que es presbítero de la Orden de Capuchinos, que se excomulgó y vivió en el clero secular algunos años, que luego se hizo protestante en América del Sur, y hoy está casado en Puerto Rico, de donde, adscrito á la Masonería, vino á España el año pasado, con representación de los masones por orriñueños á la Asamblea que se celebró en esta Corte.

En ella, D. Elpidio se distinguió por su anticlericalismo, que juzgaba más intenso que el de los masones de por acá, presididos por Morayta.

Se le confirió aquí el grado 30; su retrato vino en un Boleín extraordinario de la Asamblea citada, y pasó nuestro hombre mucho tiempo en gestiones favorables á la libertad de conciencia con protestantes y con otros personajes.

Cabía esperar que un libro sobre los trapenses, escrito por tal autor, ó sería una acerba crítica de ese instituto ó, por lo menos, un estudio imparcial, hecho desde esa región serena de los pensadores modernos ilustrados y eruditos que todo lo juzgan con entera rectitud.

Montadamente, un hombre así no puede adoptar más que una de esas dos direcciones en un trabajo sobre monaquismo, por él tan conocido... y padecido.

Y una ú otra cosa esperaba yo encontrar al dar comienzo á la lectura del voluminoso tomo. ¡Decepción ingrata! Ya me chocó la prolija, indigesta y anti gramatical dedicatoria del libro á una hermana del autor, monja profesa.

Pero allí estaba también el retrato de D. Elpidio, con toda la barba y traje de seglar, como le había yo visto, satisfecho de su matrimonio y enamorado de su señora y de sus hijos. ¡Vaya, leamos.

Lo que vi fué la más ampulosa, aunque desabazada y soñolienta apología, no sólo de la Trapa y de los trapenses, sino de todo el monacato habido y por haber, con un criterio neo carlista que tumba de espaldas, propio del conde de España, del padre Magín Ferrer ó de cualquier apostólico, miembro del *Angel exterminador*, y esto no en una página ó dos y con cierto pudor, sino en toda la obra y á banderas desplegadas.

Hay más: una infinidad de insultos al liberalismo, á los liberales, á Napoleón y su ejército de *bandidos asesinos* (sic) á las Cortes de Cádiz y al sistema constitucional.

Terminante, ¿qué digo?, calurosa condenación de toda la obra de la Masonería española: de las etapas del 34 y del 37, de la expulsión de los regueros, de la desamortización, del trabajo hercúleo de Mendizábal, á quien también mal dice...

En cambio, el autor aparece creyente

en la más monstruosa milagrería fraileña tanto como en los dogmas políticos de la Iglesia romana. Los frailes son inmejorables, portentos de perfección; una virtud, que tienen razón siempre, y ni delinquen, ni yerran; toda la perversión nefanda está para D. Elpidio en el liberalismo, en el regalismo; hasta en Carlos IV!

En una palabra: claudicación rotunda, deserción completa de la Masonería y del liberalismo, paso decisivo al campo contrario, aunque sin declaración expresa del autor referente á su persona ó conducta, eso no; allí está su retrato con barba é infortunada peca-dor; pero las afirmaciones católicas, carlistas, retrógradas, fraileñas y pietistas reaccionarias allí figuran, no tomadas de otros ó puestas en boca ajena: son de la propia cosecha del autor, que las dice hablando por su cuenta.

Son tan terminantes, que se pregunta uno sin querer: ¿habrá vuelto este hombre á Puerto Rico para deshacer su hogar, dejarle á su señora los hijos, y arrepentido, con la ceriza en la frente regresar á los capuchinos? Si lo que dice lo siente; cree también que no está casado, que sus hijos no son legítimos y que su vida, condenada en este libro implícitamente por él, es un ignominioso concubinato.

¡A descasarse y á retractarse tocan, D. Elpidio! A denunciar á sus cómplices en Masonería y abominar de los principios de ella, ya que tan solemnemente los ha reprobado en este libro.

¡Libro! Ni eso. Libroco, es la palabra. D. Elpidio no puede hacer un libro porque no sabe: le faltan cultura, erudición, arte de escritor, dotes literarias, y no exagero, la gramática misma. A cada paso hay en cuanto escribe galicismos abominables; go pes mortales á la lexicología y á la sintaxis, giros de cocheró, *pa-abros*, barbarismos y con cordancias de Vizcaya. *Inalambrico, reparación física* (de una cara), *abandonar* (el convento), *fu gencia respaldante, promóstranses, cualesquiera descuido, surnoroeste...*

He aquí dos frases deliciosas: «Los llenos de escombros alrededores» (En una de fogar cayó caldera) «Ordenó de sacerdote, el obispo de Urgel al inolvidable padre Esteban, y cantó su primera misa... diez años después de haber vestido el hábito...» He aquí un obispo que no había cantado su *primera misa* cuando ya ordenaba presbíteros; la cantó diez años después de meterse fraile; todo por no poner un *éste* después de la y.

Erratas en los documentos latinos que, aunque largos, no traduce, y en el texto castellano á miles. ¿Y los versos? Porque D. Elpidio padece esa debilidad; se cree poeta, y por cualquiera cosa enciella estrofas dignas de Carulles; botones de muestra en este libro:

«Tras árida llanura
como desierto de agostada arena
sin nada de verdura,
hay valle de cultura...
El socio Manzanares,
que lleva en sí residuos pecadores,
cruza el valle feliz en sus azares
y nutre los habars.
Y... cerca el monasterio
donde unos monjes de virtud sublime
eligen voluntario cautiverio,
y, en célico aliterio,
al Dios alaban que al mortal redime.

¡Injustos! Los que alegan que la vida monástica es odiosa y todo se lo niegan... en estos monjes que en silencio bregan hombres verán de vida prodigiosa», etc.

El libro se hace pesadísimo y cansino á rabiarse; impreso todo él en tipo cursivo, ¡extraña ideal! carece de interés en la vulgarísima narración; no es historia, ni crónica, ni conjunto de síntesis, como *Los Monjes*, de Montalembert no es nada; le falta erudición y documentos de interés; los que aduce ó copia no expresa de dónde los ha sacado.

Creí pre-tar un servicio á la Academia de la Historia y tal vez colarse en ella, con exhibir una carta, no muy conocida, del conde de Aranda, y dar la noticia de que la esbeza de San Bernar-do estuvo en un convento español y hoy se ignora su paradero; bueno, ¿y qué?

De la Trapa, en más de trescientas mortales páginas, nada nuevo ni curioso; alabanzas á troche y moche con una adulación que repugnará á los mismos trapenses, cuyos lunares y defectos calla ó convierte con gran torpeza en excelencias portentosas.

No logrará dar gusto con su libro á nadie; no hace servicio alguno ni aun á la Trapa ó á la historia de la Iglesia; no edifica, ni atrae. He sabido que los trapenses llevan á mal que D. Elpidio refiera los amores del abad Rencé, su fundador, con la duquesa de Montbazon. Los neos reprobaban que haya publicado dos documentos, pruebas de que en España sin la venia del Estado no pueden entrar ni vivir los frailes.

El libro este recuerda los de Leo Tolstóy, y por eso no ha obtenido, á pesar de las gestiones de su autor, la licencia eclesiástica del obispo ni la confianza de los neos, cuya Prensa de Madrid no anuncia el tomo y cuyos libreros lo rechazaron en cuanto les dió alguien el galteral.

Pero, á la postre, la misma categoría de masón y de fraile renegado, será aprovechada por los frailes y los ultras, como testimonio eterno y del campo enemigo, sobre la santidad del claustro y la iniquidad del liberalismo, afir-madas por un masón que continuaba siéndolo: no lo olvide la Orden; el servicio al enemigo está hecho por un hermano del grado treinta.

¿Qué se habrá propuesto en su ineptitud vanidosa y su arsia de notoriedad este pobre hombre? Siempre fué D. Elpidio ligero y precipitado. ¡Q16 desdicha!

JOSÉ FERRÁNDIZ

Buena entrada

Dice *La Correspondencia de España*:

«Se espera en el Vaticano una peregrinación de Puerto Rico, dirigida por el arzobispo Mr. Guillermo Ambrosio Jares.

Esta peregrinación á Roma tendrá por objeto obtener la bendición del Papa con motivo del cuarto centenario de la erección de Puerto Rico en diócesis, lo cual sucedió en Agosto de 1512.

Esta peregrinación parece que tiene su interés mayor para el Dinero de San Pedro.

En la isla de Puerto Rico fué la guerra hispano americana muy funesta

para los intereses de la Iglesia, y los bienes eclesiásticos fueron á parar á manos del ejército norteamericano.

Gestiones hechas por la Santa Sede han dado buen resultado, y monseñor Averse, delegado apostólico en Cuba y Puerto Rico, ha obtenido el pago total de una suma de 310 millones de dollars, ó sea 1 860 millones de francos.

Además, la Iglesia de Puerto Rico ha entrado en posesión de todos los bienes desentados desde que comenzó la guerra, y, por consiguiente, la peregrinación portorriqueña va á depositar á los pies del Santo Padre unos diez millones de francos como testimonio de gratitud por la favorable resolución de este asunto, en el que tanto ha influido la Santa Sede cerca del Gobierno de Washington.

Los portorriqueños hacen bien. Tienen con la Santa Sede la deuda de la oposición que el clericalismo hizo á que los Gobiernos españoles concediesen reformas, lo cual motivó las guerras, y han debido pagarle este favor.

Y los yanquis hacen bien en criar cuervos para que saquen los ojos al vecino.

Sin pan y sin justicia

Y mientras gastamos en Africa, y en guerra, y en Escuadra, y en Trasatlántica, las gentes desfallecen, se desesperan, emigran.

El problema del hambre hace su brutal y cotidiana aparición en muchos hogares españoles. Para explicar las amarguras de la ausencia del pan, pensad en el hijo ó en el hermano de corta edad vendiendo periódicos en noche helada, vestido de andrajos. Acudid al campo, y ved al niño gastando fuerzas que todavía no ha creado. Pensad en ello y os explicaréis esos trasatlánticos abarrotados de familias españolas. Cuando contempláis un suicida, no os aterra tanto el momento de la fatal resolución, el dolor de la muerte si le queda on unos instantes de vida, como todo el sufrimiento que inflige esa vida hasta maldecirla y dejarla. Pues bien; en el emigrante que hambread meses y aun años antes de resolverse á dejar la patria, lo que aterra es el proceso hasta maldecir y dejar una tierra que de tal manera desampara á sus hijos.

RAFAEL GASSET

Cérgo que se casa

M. John Lund, director del Banco de Noruega y de la Aduana, presidente del Comité Nobel y ex presidente del Parlamento, ha cursado la participación de enlace de su hija Miss R. G. H. con el honorable señor Rómulo Marri, diputado del Parlamento italiano y jefe del movimiento modernista.

Se lo participamos al Nuncio y al ministro de Gracia y Justicia para que exi-

jan del embajador de España en Roma, que presente demanda de nulidad de este matrimonio, por estar el Sr. Marri ordenado *in sacris*.

¡Peor que en Roma! ¡Mis esclavos del Papa que los cérgos romanos! ¡Mis esclavos del Papa los infantes de España que el último lego de convento italiano!

¡Oh, liberales españoles, y qué reaccionarios sois! Lo que aquí no aceptáis, es cosa corriente en las naciones civilizadas.

Exentos los dos

¡Cuarenta y siete!

—Presente.

—¿Se llama usted...?

—Juan del Pueblo.

—¿Su profesión?

—Lo que cae:

unas veces soy minero, otras veces dependiente, otras nada, otras labriego, porque la cosa es ganar honradamente el sustento, que se reduce á un pedazo de pan y un trozo de queso.

—Bien. Que lo pesen. (Lo pesan, y en alta voz el sargento dice.—«Cuarenta y dos kilos.»

—Pues sepa usted, Juan del Pueblo, que no nos sirve este año.

—¿Por qué?

—Por falta de peso.

Procure usted alimentarse

mejor en lo venidero.

¡A ver!... ¡El cuarenta y ocho!

—Señor de Dios.

—¡Un lego!

—Sí, señor; de Capuchinos:

Aquí está cerca el convento.

Vivimos bien, sin mayores

trabajos y sin esfuerzos,

comiendo admirablemente

y descansando y bebiendo,

todo á costa del país,

y...

—¡A la báscula! (El sargento

á poco.—«Ciento cuarenta.»)

—¡Recórcholis! ¡Más que un cerdo!

Pues tampoco sirve usted.

—¿Por falta?

—No; por exceso.

MIGUEL REY

Los mineros de Almadén

Han dirigido al presidente del Consejo de ministros la siguiente exposición:

«Excmo. S.: Los que suscriben, obreros de los diferentes servicios de estas minas de azogue, reunidos en manifestación pacífica y solemne, acuerdan, con los respetos debidos, elevar al Gobierno de Su Majestad por mediación de V. E. la presente exposición:

Por el estado administrativo que se le adjunta, fiel reflejo de las nóminas

oficiales, verá que el promedio del jornal del minero entre el interior y exterior de este venero de riqueza no llega á dos pesetas, siendo público y notorio que su vida es mucho más corta que la del resto de los españoles, hasta el punto que la tercera parte del vecindario de Almadén lo componen las viudas de estos desgraciados, sin embargo de saber que sólo ellos, por estar acimatados desde la niñez, pueden trabajar en estas minas.

Por otra parte, señor, ya que la suerte no les distinguió al nacer y su miserable condición los tiene sumidos en las oscuridades, sin disfrutar del calor de los rayos solares la mayor parte del tiempo como los demás mortales, dótesele de un jornal prudencial que si quiera puedan atender á las necesidades más apremiantes de la vida, dando así ejemplo el Estado de ser patrono modelo en su nación.

Pero hay notas más tristes, excelentísimo señor; por lo mismo que los mineros son riquísimos y abundantes, atacan doblemente á la salud del trabajador, habiendo labores en los subterráneos y servicios en la calcinación y manipulación del cinabrio en la superficie, que á los pocos jornales inutilizan al hombre para siempre por muy fuerte y vigoroso que sea.

Poco les importaría á estos obreros las heridas y mutilaciones que reciben en el trabajo por desprendimiento de tierra, explosión de barrenos, caídas y demás accidentes propios de las minas, si fueran éstas como las demás, puesto que si deja inútil al que las sufre, no cambia su estado de salud, mientras que con las enfermedades emanadas del mercurio imprimen en su economía animal modificaciones terribles que aniquilan su organismo, llevándolos á la tumba á la más temprana edad, transmitiendo á sus descendientes esa herencia sangüinaria.

Hay quien cree, excelentísimo señor, que sólo calambres y temblores producen los gases mercuriales; cierto que es la enfermedad más visible y predominante; pero hay otras mucho más perjudiciales, como lo demuestran los libros del hospital: la absorción del mercurio repartido en su cuerpo y en las vías respiratorias, ocasionan úlceras, pérdida de la dentadura, hidrargirismo y anemia, que, desiendo en tuberculosis, terminado, tras una larga agonía, con la vida del infeliz que la sufre. Triste suerte la del minero de Almadén!

Al asomarse á las puertas de la vida, fuerte, ágil y con la dentadura completa se le empuja hacia los pozos y galerías, frente á los flujos de cinabrio, á 350 metros de la superficie, y entre sudores y angustias tritura la roca y saca de sus entrañas el azogue que tantos millones proporcione al Erario público, no sin antes partirle, clasificarlo y fundirlo hasta caer rendido y palpitante á los pies de la inteligencia humana en forma de lluvia de platis; y al superviviente que, por privilegio de su naturaleza, llega á prestar treinta y cinco ó cuarenta años esta clase de servicios, le regala y paga el Estado 4 ó 5 reales de jubilación.

No se le oculta á los firmantes, excelentísimo señor, y por ello le están reconocidos, que en el presupuesto anterior les concedió 103 000 pesetas de

aumento, que remedió en parte la situación de uno de los gremios; pero si ha de llegar á 9 ó 10 reales el jornal medio de estos 3 500 obreros, no puede bajar de 500 000 pesetas la cantidad que aumente para el venidero; y si tiene en cuenta V. E. las malas condiciones que rodean á esta población, esencialmente minera, en cuanto á medios de vida, comprenderá mejor la justicia de la petición.

Los comestibles se hallan caros, contribuyendo á ello la falta de comunicaciones, distando 11 kilómetros la estación más próxima del ferrocarril, perjuicios que viene sufriendo la Hacienda en grado considerable por el mayor gasto en los arrastres de los suministros, frascos de azogue, etcétera, siendo verdadera lástima que una mina de tanto valor, la más rica del mundo, no disponga de vía férrea que facilite la explotación y le dé la importancia que se merece.

La agricultura, señor, apenas tiene desarrollo, puesto que el único terreno disponible del minero es la dehesa de Castilseras, de 9 000 hectáreas (propiedad del Estado), y con el Reglamento especial que la rige, ni responde su renta al valor de la finca, ni el minero se aprovecha ni disfruta del saneamiento debido, resultando un beneficio insignificante comparado con el que proporcionaría otra reglamentación más amoldada al caso.

La población escasea de aguas, y el establecimiento minero más, costándole á la Hacienda cantidades fabulosas por la falta de higienización en los servicios y el mayor gasto de calderas de vapor, picados, etc., mientras que trayendo al caudal de aguas de la ribera de Gargantiel, distante 20 kilómetros, que tiene proyectada la Dirección de las minas, cuyo presupuesto asciende á unas 300 000 pesetas, resultarían economías considerables, máxime al instalar el nuevo penal en la población, imposible completamente de poderle surtir, por carecerse de manantiales potables en muchos kilómetros alrededor, con efecto que se le vecina al Gobierno tan pronto lleguen los reclusos al referido establecimiento, de no traer las aguas de referencia.

Por todo lo expuesto, excelentísimo señor:

Los firmantes ruegan encarecidamente á V. E. se apiade de su desesperada situación, y de acuerdo con el excelentísimo señor ministro de Hacienda, que tan altas dotes financieras posee, para gloria de nuestra querida España, estudien el problema de estas minas, resolviéndole de una vez para no hacernos molestos en las peticiones, comprometiéndose los dicentes á dar mayor producción de azogue, para facilitar la acción de los buenos pensamientos del Gobierno, procurándole mayores ingresos.

Gracia que esperan merecer de vuestra clemencia, cuya vida guarde Dios muchos años para bien de la nación.

Almadén, 1.º de Mayo de 1912.

Excelentísimo señor:

Por la asociación de capataces facultativos de minas.—El presidente, Desiderio Marín.—El secretario, Victoriano Hurtado.

Por las de barrenos y zafraes.—El presidente, Eduardo López.—El secretario, Manuel Meca.

Por la de obreros de alternativa.—El pre-

sidente, Leandro García.—El secretario, José Chamorro del Olmo.

Por la del ramo de albañiles.—El presidente, Patricio Castellanos.—El secretario, Lucio Pablo del Valle.

Por la de máquinas.—El presidente, Gabino Calvo.—El secretario, Tomás Fernández.

Por la de talleres.—El presidente, Dionisio Gil.—El secretario, Federico Nieto.

Por la de tequetes y otros.—El presidente, Escolástico Cerrato.—El secretario, Felipe Millán.

Por la de almacenes y otros.—El presidente, Antonio Sánchez Moreno.—El secretario, Eugenio Dorado.

Por los sobrestantes, vigías y otros servicios.—El presidente, Serapio Salamanca.—El secretario, Claro Herrera.

¿No sería más acertado dirigir esta instancia al Sr. Bañer ó al Nuncio de Su Santidad? A los mineros les sobra justicia; ellos, *hijos de la Patria*, dan la sangre para que la sorban los *hijos del Estado*, que son las dos clasificaciones de españoles. Y los *hijos del Estado*, no renuncian á un céntimo de sus sueldos, ni á una gota de sangre de los hijos de la patria.

Al contrario; todos los hijitos del Estado, desde el arzobispo al policía, piden aumento de sueldo, que significa rebaja del jornal del obrero.

Hacia el desastre

Cuando indagues por qué careces de camino, verás cómo se lo trazamos al moro tetuaní; cuando quieras saber por qué se agostan prematuramente tus mieses, venirás en conocimiento de cómo queremos lucirnos ante Europa trasladando á Marruecos la política hidráulica; cuando inquieras por qué no hay pequeños puertos de arribo, por qué no se ultiman los grandes puertos nacionales, te dirán que hay que emplear muchos millones en África para el arreglo de ensenadas y de puertos; cuando interrogues por qué te dejan sin ferrocarriles secundarios, te contestarán que todo el dinero es poco para construir los primarios en el desierto africano; cuando deplores que tus hijos acuden á una infecta zahurda, te mostrarán la fotografía de las escuelas de nueva planta en el Mogreb; cuando te alarmes ante un peligro verdadero para tu independencia y adviertas que no se ha preparado un ejército defensivo en condiciones para asegurar la nacionalidad, recordarán que tiempos, trabajos y recursos se emplearon en los contingentes indígenas que organizamos. Y cuando la Historia juzgue de todo esto, dirá que una vez más llevamos la riqueza, llevamos la cultura y llevamos la fuerza por esas tierras, que ni son de Dios ni son de las nuestras, para dejar á España más empobrecida, más analfabeta y más débil que nunca.

RAFAEL GASSET

Gura condenado

¿Que si ese ministro del Señor que ha comenzado á sufrir arresto menor

en Villafranca del Bierzo, es el mismo que desencuadernó hace poco al joven de que en uno de los últimos números hablé?

—No, es otro: el propio regente de la parroquia: D. Isidro Soto.

—¿Y por qué le han condenado, en sentencia confirmada por el Supremo, á pesar de lo mucho que el obispo ha trabajado por salvarle?

—Por haber maltratado á un niño de ocho años dándole una cox en el sitio que no deben utilizar para ciertos usos los ministros del Señor. El juez lo condenó á cinco días de arresto, apesar de que algunos impíos opinaban que debía ser condenado á presidio por haber estropeado al niño; él opinó lo contrario, buscó justicia en las alturas, y la sentencia fué confirmada.

Si la pena del Talión subsistiera, ¡pobre presbítero y la que le esperaba! No quiero ni pensar en lo que sufriría. Casi tanto como su ama, si la tiene.

La paz

Aún es tiempo. Hágase la paz á todo trance. Recojámonos en nuestro solar. Cultivémoslo. No aguardemos á que una desastrosa ruina nos imponga la paz, quizás como nos impusieron aquel vergonzoso tratado de París, que chorrea sangre, mezclada con impudores.

DOMINGO ALVAREZ

El gañán

Testado por el sol, las manos callosas y agrietadas, el busto formando una corcova, signo de vejez prematura, de años que no se vivieron, de esfuerzos sobrehumanos, de titánico trabajar, sintiendo la atonía por momentos, agosta el campesino su misero vivir, á cambio de un provecho y productibilidad á una sociedad estulta y consunta que no sabe ni quiere agradecer los sacrificios del trabajador, ni estima sus méritos ni valimientos.

Allá por las horas del alba, cuando aún el orto no apunta, cuando los primeros destellos de la claridad diurna se van esparciendo por la inmensa bóveda celeste, cuando todo es reposo y quietud en la ciudad, allá en el campo, en esa inmensa glauca sábana, que llaman los poetas, y que está regada con la sangre de los pobres, unos hombres que durmieron mal, que reposaron sus cuerpos cansinos sobre duro suelo mal encubierto por raída manta ó fúcida colchoneta, dispónense al trabajo, excitados por la vez recia y varonil del aperador, especie de látigo de fuego que los consume y aniquila con su vocar grosero y su proceder de sicario desnaturalizado.

Aún sus músculos están inundados por la inercia que produce el reposo, aún no ahuyentaron el sueño, aún sienten en sus párpados la pesadez característica del que mal descansa y bien trabaja, cuando las labores campesinas dan comienzo, sucediéndose unas

otras, con celeridad pasmosa, sin que el pobre jornalero, el burdo gañán tenga un respiro, un corto descanso que mitigue sus fatigas, que le haga más llevadera aquella dura y penosa vida.

La limpia del catábul; el último pienso á las bovinas parejas; uncirlas después á la huebra que metodiza sus fuerzas; y con el arado á rastras, alta la reja, sujeta la esteva; al son del metálico tintineo de las esquilas, rítmico y pasivo, cruzar campos y más campos hasta llegar á la armajara, y allí, colocadas las yuntas una tras otra, tirar la reja, empujar contra la dura tierra el arado, haciendo fuerte hincapiés en la esteva que lo hunde para así, paso tras paso ir construyendo la besana que luego ha de ser regada por la aurífera semilla que, vuelta á nacer y otra vez manipulada por el hombre, ha de producirnos el pan nuestro de cada día.

Y con isocronidad de bestia humana repite el campesino su misma labor; y unas veces siguiendo á la yunta parsimoniosa que ara; ora encorvado el busto dedicado á la ruda tarea de la siega; ora removiendo la tierra labrantía con pequeño calabocillo, siempre ejecutando una labor de muerte, el labriego ve que sucumbe en aquella lucha por la vida, y ahoga en su pecho odios y rencores que no sabe á quien dirigir.

Y su inmensa labor es remunerada ínfimamente; unas cuantas pesetas á fin de semana y un poco de aceite y pan por todo alimento es su único estipendio; y el propietario, el dueño del cortijo se muestra satisfecho, orgulloso, porque la cosecha ha sido buena y le ofrece pingües rendimientos.

Y á fin de temporada, cuando trillado el grano se recoge en la panera; cuando en larga hilera las carretas van llegando á la casa granero; cuando vertida la cereal semilla aseméjase las trojes á auríferas montañas, el burgués, el propietario, ufano de su riqueza, habla de lo que labró, de la semilla por él sembrada, de las fanegas de trigo que recolectó, sin que para nada tenga en cuenta al verdadero autor de la proeza, sin que dedique un mal recuerdo al obscuro gañán que con sus brazos le proporcionó tamaños rendimientos sin pensar que si en él hubiera de cumplirse el *vivirás con el sudor de tu frente*, seguramente el burgués, que para nada sirve, hubiera desaparecido del mundo de los vivos.

FELIX DE MONTES

Aplazo el viaje

Veinticinco monjitas nada menos llegaron hace pocos días á Toledo con destino al convento de Santo Domingo (el antiguo).

¿Que si sé de dónde han ido? No. Pero de cualquier parte. ¿En qué población de España que en algo se estime, no existen hoy veinticinco monjitas de sobra para facturarlas al primer aviso?

Y á propósito de Toledo.

Me invita un querido amigo á ir allá, para que vea aquel enjambre de católicos afanados todo el día en celebrar procesiones, novenas, rosarios, misio-

nes, verbenas á la Virgen; y en oír sermones, y repiques de campanas, y trompetazos de órganos, y publicaciones de bulas al son de tambores y cornetas...

Agradezco la invitación, mas aguardo para aceptarla á que los aeroplanos alcancen la estabilidad que hoy no tienen. Entonces montaré en uno, y á dos mil metros de distancia contemplaré asqueado aquella gusanera (no enjambre), donde bullen y se agitan tantos seres de la clase ínfima de la especie humana, no con el propósito de ennoblecer y dignificar la vida, sino con el de esparcir miasmas de peste moral y proyectar sombras de muerte intelectual.

Milagro patente

Dos frailes, que están en Vigo aguardando el embarque para América, entran en una droguería.

Sobre el mostrador hay un bastón, perteneciente á un oficial de la Guardia civil.

Después de comprar lo que desean, los frailes desaparecen; y al ir el oficial á coger su bastón, no lo encuentra.

Se busca á los frailes, se les interroga, y contesta uno, que el bastón se le había enganchado al hábito y que por eso se lo llevó sin notarlo.

Que se atrevan á negar este milagro los impíos. Un bastón que, al ver un fraile, se pega á él como beata incandescente.

Lo que no explica el periódico que relata el hecho, es si el fraile fué á la cárcel; por lo cual supongo que no fué.

Hubiera sido un milagro mayor que el otro, en esta España donde hasta los bastones se despepitan por los frailes.

Lo de Ciempozuelos

El Radical está haciendo una valiente y documentada campaña contra el convento-manicomio de Ciempozuelos, con motivo del reciente asesinato de un loco. De uno de sus artículos copio lo siguiente:

«Años hace que dos ó tres diputados provinciales de Madrid publicaron una Memoria en la que demostraban las imperdonables é intolerables deficiencias del manicomio de Ciempozuelos. Nadie les hizo caso. Los frailes se han mostrado siempre generosos en el soborno de gente política.

Asegurada así su impunidad, se han entregado sin freno á sus instintos sociales de gañanes endiosados y han cometido los crímenes á docenas.

Además de la escandalosa violación de la joven Semillan, que dió á luz en ese manicomio y luego fué cruelmente mutilada en sus órganos internos (con unas tijeras comunes) para que no pudiera ser madre otra vez, nosotros, en nuestra campaña denunciadora de 1910 1911, en la que nos informaron ex-frailes salidos de ese antro, llenos de horror y de indignación, hemos hecho públicos los crímenes siguientes:

Año de 1902 —El hermano Adolfo se

mete á curar por sí y ante sí á un loco enfermo de la vista; le propina *ácido nítrico* (agua fuerte) á considerable dosis, y lo deja ciego, después de dolores horribles. La comunidad se rió grandemente de la torpeza del hermanuco. Ese fué todo el castigo.

1902 —El hermano Cándido, encargado del laboratorio, sin aptitud alguna, hace saltar un frasco de contenido explosivo y produce lesiones á varios locos, mas un destrozo muy grande en el local.

1902 —El hermano Enrique, sodomita empedernido, pretende abusar del loco Alfonso Cremades, y porque se resiste, le condena á sufrir una paliza diaria, propinada (con un trozo de cable eléctrico).

1901. —Este mismo alienado es acofmetido en el patio (sin armas) por otro loco furioso y muy forzado. Lo ve el hermano Cayetano y no lo impide: parece que le divierte una lucha, en la cual el agredido, que tenía un brazo inútil, había de sucumbir. Pero quiso la suerte que en supremo esfuerzo lograra morder á su agresor y así ahuyentarlo.

Entonces el fraile Cayetano empieza á pegar á Alfonso Cremades; acuden otros hermanos, y determinan que para evitar que el infeliz muera otra vez, le sean arrancados los dientes *(á martillazos)*, sentencia que se ejecuta ante la Comunidad y le sirve de gratísimo espectáculo, pues toda ella reía á carcajadas.

Nota bene. Tiempo después resultó que Alfonso Cremades no estaba loco ni lo estuvo jamás. ¡Honor á los médicos del manicomio! ¡Los grandes alienistas! Era de Madrid, y aún vivía en 1910 este infortunado.

1905 —El hermano Elías, no se sabe por qué, obliga á un loco á tomar unas lavativas de agua en que se había cocido tabaco. Al cabo de once horas de horrible padecer, el desgraciado murió y... nada más.

Este mismo hermanuco, al componer una receta en la que entraba un 40 por 100 de cierta sustancia corrosiva, puso el 400 por 100 de ella! El paciente murió enseguida, entre intensísimos dolores. ¿Y el médico? Este certificó una dolencia cualquiera para cubrir el honor de los frailes que le pagaban.

El mismo fray Elías, en la casa de San Rafael, Madrid, tuvo al anciano loco apellidado Valera, y de sesenta y seis años, tres días encerrado sin comer.

1905 —El hermano Pancracio arranca á martillazos los dientes de la encía superior al alienado D. Miguel Fernández, sacerdote! Antes y después de este horror azotaba al pobre clérigo teñiéndolo atado á una columna.

Este Pancracio era una especialidad en arrancar dientes á martillo, y semejante operación una de sus recetas curativas. También gustaba de propinar otras torturas. Al loco Luis Pérez (de la Solana), atado de pies y manos, le metió cabeza abajo en una gran tina de agua muy fría. Mientras tanto, hizo que tocara allí mismo un par de piezas la charanga de locos. Luis empeoró muchísimo de su dolencia.

1906 —El mismo hermano Pancracio rompió á patadas una mejilla al alienado Dámaso Mateos (de Cáceres).

1906 —El Pancracio, con otro herma

ne, da una paliza cruel al loco Aureliano Rodríguez, de Ciudad Real, y luego le arranca los dientes por el procedimiento consabido.

1906.—El supradicho Paneracio atormenta á palos al arciiano loco, de Lugo, Demirgo Bouzo, y le deja beldado de las dos piernas; pero otra vez vuelve á torturarlo, y al fin el desgraciado muere de resacas.

1910.—El hermano Matías da una tunda monumental al alienado de Linares D. Rafael; usa el cable eléctrico y le cierra en un hembro. Así herido, lo encierra en la pajar: la jaja se llena de paja y se agrava. No obstante, una paliza diaria: así morirá antes—deca el hermanuco verdugo; y se salió con la suya.

1910 Junio.—Una pobre mujer lleva á su hijo, loco, ya admitido. Se resiste, y era natural, á quedarse en la casa; entonces el hermano Celestino empieza á palos con él delante de la pobre madre, á cuyos gritos en demanda de compasión contesta el fraile: «Señora, aquí hay que pegar mucho y fuerte; el que no lo quiera así que no traiga locos», el así apaleado, para empezar, venía de Chinchón.

Nótese bien estos particulares referidos por los ex frailes, nuestros informantes:

Primero. El sistema de curación en la Orden de San Juan de Dios, es el tormento.

Segundo. Cuando un loco estorba, hay orden de matarle sea como fuere; los hermanos verán: el médico ha de certificar...

Tercero. El cable eléctrico es reglamentario para fustigar, en vista de que hace más daño y no se rompe.

Cuarto. Esos frailes son tan brutalmente inquisitoriales y afectos al nefando integrista, que llaman y consideran anarquista á todo el que no es fraile de su Orden ó neo muy nombrado de los de *El Siglo Futuro*.

Y cerremos con un asesinato... manoso. En Madrid, cura de San Rafael, un hermano, portugués por cierto, cuyo nombre ignoramos, metió de cabeza en agua casi helada al prebitero Sr. Polo, y lo tuvo así hasta que la congestión lo mató.

Aquel cura... ¡anarquista! era de los que estorbaban.

Y leídos etc... casos, dígame con franqueza si se n de flar, en cuestión de homicidios, los frailes de Ciempzuelos, y si deben continuar ejerciendo su bárbara industria un solo día. ¿Qué Gobiernos los nuestros!

Disculpando mi ausencia

Recibí oportunamente una carta en que se me enviaba esta papeleta:

ALCALDIA CONSTITUCIONAL
DE MANRESA

Tengo el honor de invitar á usted al solemne Te Deum que en acción de gracias por haber obtenido el beneficio de la lluvia, se celebrará mañana á las nueve en la iglesia de la Seo.

Manresa, 4 de Mayo de 1912.

Agradecí la invitación, pero con har-to dolor de mi alma no pude ir.

Me congratula que haya quien haga justicia á mis acendrados sentimientos religiosos, invitándome á esas fiestas civilizadoras que constituyen todo mi encanto en este misero valle de lágrimas, donde las almas piadosas como la mía suspiran por otro mundo mejor en el que no se necesita agua para salvar las cosechas.

Vox pópuli

Que canten los hijos del pueblo, que canten, veréis lo que cantan:

veréis lo que dicen sus coplas benditas, sus tristes cantares, sus cantos del alma... Veréis como tienen sabor de amargura, veréis como tienen acentos de rabia; veréis como dicen que están sin amparo, que no tienen patria.

Que canten los hijos del pueblo, los hijos que sufren y callan.

Detened un momento los brazos, que se paren un poco las máquinas, que se escuche la voz comprimida,

que estalle y que saiga. Escuchad, que está ronca del tiempo que estuvo callada,

y que tiene rumor de cadenas, y que tiene gemitos de esperanzas...

Que vibre en los aires, que llegue á las nubes, que alcancen sus ecos las torres más altas y toquen á gloria formándole coro las lenguas de bronce de erhuertas campanas,

ya es hora, ya es hora, de oír como cantan,

que les quiten los durros pesados, que les quiten las hieras mordazas, y derramen dolores y angustias, suspiros y lágrimas.

Convirtieron los campos en mares donde el oro en torrentes brotaba, convirtieron las huertas en oro, hicieron oro del hierro en las fraguas...

Si nos prestan la vida á raudales, el negarles la vida es infamia.

Detened vuestro paso un momento, descubrid las cabezas, que pasan; no temáis el contacto si llegan, son los que padecen, son los que trabajan.

Es el pueblo que vende tesoros y que viene á llenar vuestras arcas; ni su voz es el grito de guerra, ni sus manos son mancos que manchan.

Dejadlos que canten, oírlos lo que cantan.

Darán que están solos, que nadie los oye, que en desprecios se asfixian sus almas, que buscan la vida luchando y luchando sin una caricia, sin una esperanza...

Yo soy de ese pueblo...

Yo soy de ese pueblo que sufre y que calla; mi voz es la suya, sus penas las mías, mi llanto sus lágrimas.

Yo soy de aquí abajo, yo soy de esa masa social, que denigra, que asfixia y que mancha...

Pero quiero que se oigan las coplas, que terminen los odios que sufren

y se acabe el desprecio que baja...

Yo soy de ese pueblo que lleva incógnita la frente y que teme levantar hacia arriba su cara... Pero tengo ilusiones esperadas, y tengo esperanzas...

¡Yo soy de aquí abajo... yo soy de ese pueblo que sufre y que canta!...

P. JARA CARRILLO

Lo que está haciendo la Monarquía

Contamos con positivos elementos de riqueza. Hay brazos, los dejamos impios salir para América; hay agua, la vemos indiferente filtrarse en el mar; hay capitales, nada realizamos para impedir que emigren; hay zonas regables, quedan cuasi estériles porque es difícil emplear recursos, esfuerzos y tiempo en la modificación de cultivos; hay cuencas carboníferas y por no explotárlas importamos un 34 por 100 de hulla; hay yacimientos de hierro, lo enviamos á elaborar fuera cuando, trabajándolo en casa, rendiría seis veces más y cuando tenemos un 60 por 100 de la producción mundial; hay riqueza mineral, pero la vendemos por un pedazo de pan, como en Rió-tinto, ó las guardamos en las entrañas de la tierra por carencia de comunicaciones; hay mercados (casi todo Europa) donde colocar el fruto que debíamos producir las vegas andaluzas, extremeñas y manchegas, pero ello requiere perseverancias agronómicas é iniciativas comerciales que no tenemos; hay anhelos de mejora y de progreso en la masa general del país (ligando los miles de pueblos que quieren construir sus caminos), nos falta espíritu de continuidad en la colaboración del Estado en las comarcas.

RAFAEL GASET

El que está á la hecha...

Dice *El Pensamiento Navarro*, papel carca, que en una fonda de Eibar se iba á celebrar un banquete jaimista, y unos jóvenes echaron en las fuentes de arroz con leche que estaban preparadas unos polvos misteriosos y al dar cuenta del hecho exclama: ¿Envenenadores?...

Siempre lo mismo estos carcas; embusteros y calumniadores.

Mas supongamos que unos jóvenes, temerosos de que los asistentes á la comilona se atracasen demasiado, se hubieran dicho: «hay que evitarlo», y echado unos polvos de jalapa en el arroz, para que se librasen de una indigestión, ahorrándoles así los gastos de veterinario y medicinas; ni aun así deberían llamarlos envenenadores, mucho menos habiendo sido mentira.

El que está á la hecha, está á la sospecha.

La lujuria del clero

(CONTINUACIÓN)

de Letrán, antes retiro de personas virtuosas, convertido hoy en lugar de prostitución y crimen, elevaría su voz para reprocharle sus amores con la hermana Co Estefanía, querida de su padre Alberico. Tomaremos como testigos á muchas mujeres de otros países, que no osan venir á Roma á orar en la tumba de los apóstoles, temerosas de que pudiera sucederles lo que á las mujeres casadas, viudas y solteras que han sido víctimas de su lujuria. Hoy hallaréis infidelidad de testigos más en las mujeres que tienen cuidado especial de su «toilette», y de las que andan negligentemente, pues para él todas son dignas de su pasión.

Juan XII f. 6 d. puesto el año 963 por un Concilio que el emperador de Alemania Otón convocó; pero después de la partida del emperador, las damas con quienes el Papa había entretenido los ratos de solaz, que no eran pocas ni de baja condición, persuadieron á los romanos á que le amasen nuevamente á Juan XII y expulsaron al que Otón había llamado. Juan convocó otro Concilio en 964, anuló las decisiones del anterior, y pudo entonces proseguir su vida digna de un Papa como él. Un día, sin embargo, un marido le sorprendió en cita con su mujer, y lo mató asestandole un martillo en la sien. De esta manera murió el Papa Juan XII, sucesor de San Pedro, poseedor de la supremacía universal, infalible, puesto que la infalibilidad es la consecuencia necesaria de la supremacía, ó mejor dicho, es la misma cosa con nombre diferente: impecable, puesto que la impecabilidad es consecuencia necesaria de la infalibilidad. En gracia á la brevedad, omitimos los cánones de los Concilios celebrados en este siglo, y entramos en el siglo oncenso.

SIGLO XI

Las costumbres de la Iglesia siguen la misma marcha, y los asesinatos, los envenenamientos, los sacrilegios, las simonías, los robos son cosa usual y corriente entre los individuos del clero, sin excepción de clases ó categorías. La lujuria aumenta; a simonías despliega sus alas, y los Papas, después de asesinar á unos á otros, de excomulgarse mutuamente, reinando varios á un mismo tiempo, adquieren á peso de oro la silla, que, según la leyenda, ocupara San Pedro; y Gregorio VI, Graciano por otro nombre, compró la tiara á Benedicto XI, y los Santos Padres más enemigos de la simonía lo miran como un pontífice legítimo, sin explicarnos por qué raro milagro lo que es á todas luces un acto de simonía incontestable, deja de serlo para ellos, ni nos explican por qué prodigio de moral no es simonía la compra del Papado. La lujuria, que fué entonces, como siempre el vicio dominante, no reconoció límites, é invadiendo todo llegó á tal grado, que el libertinaje del clero se muestra con impudencia no

conocida: los frailes, los sacerdotes, los obispos, tienen queridas; y todos ellos roban, saquean á la Iglesia misma, para invertir los dineros en mantener sus amantes y criar sus hijos; y los obispos llevan á tal punto la baja de sus sentimientos, que se hacen ricos según el Concilio de Lillebonne, 1080, á costa de la lujuria de los sacerdotes, permitiéndoles tener concubinas con tal que pagasen una cantidad determinada de dinero. (Había preado á quien el impue to del concubinato daba una renta de 11 000 escudos á razón de escudo por cabeza de cura).

La Iglesia pretendió detener el vicio y aconsejó los medios que creyó convenientes para despertar la piedad, virtud dormida desde mucho hacia, y someter la carne al yugo de la contribución. Los Concilios se suceden unos á otros; en ellos se anatematiza y se castiga, se depone á los obispos, se venden como esclavas á las mujeres que ellos conducen al pecado; se declaran siervas á sus hijas; y á los infelices padres cuyas hijas eran víctimas de la lujuria clerical, se les amenaza con los rayos de la excomunión. León IX y Gregorio VII quieren hacer que desaparezcan el matrimonio y el concubinato clerical y, si bien consiguen lo primero, las medidas para lo segundo son contraproducentes.

En este siglo, y en el año 1033 aparece como Papa un muchacho de doce años llamado Benedicto, que es expulsado en 1044 por sus vicios, asesinatos y vida disoluta, impopular de un hombre de honor, pero acaso en consorcio con el puesto que ocupaba. Silvestre II ocupa la tiara y aparece como competidor suyo Juan XX; de nuevo entra en escena Benedicto, y tenemos en esta época, como en otras, tres Papas infalibles, impecables, tres obispos visibles de la Iglesia, una en San Pedro, otra en Santa María la Mayor, y la tercera en el Palacio de Letrán: Papas cuyas vidas, igualmente escandalosas, no tienen el mérito de ser superiores unas á las otras. Benedicto vende la tiara, y la compra Graciano que es conocido con el nombre de Gregorio VI muriendo, cual hemos dicho antes, como un modelo, á pesar de haber obtenido la silla pontificia, merced á un acto criminal. Gregorio VII, monje, se revela como de austeridad conducta, y él, el querido de la condesa Matilde, quiere abolir el concubinato de los sacerdotes, pretende levantar el dedo como hombre de moralidad, halándose acusado de incesto y adulterio por los obispos de la Dieta de Worms.

Los Concilios de este siglo son numerosos. El de Pavia, en 1020, anula en el canon I con la deposición á los sacerdotes que tengan mujer ó concubina. El canon III dice que «todos los hijos ó hijas de los sacerdotes, sin excepción, que nacieren de mujer libre, sea cual fuere el género de unión de esta mujer con el sacerdote, casado ó concubina, los hijos ó hijas (repetimo) que los bienes que hayan recibido de quien quiera que fuere, pertenecerán á las siervas á la Iglesia de su padre, y jamás podrán extirparse de esta servidumbre». Canon V. «Los siervos de la Iglesia no podrán adquirir ni poseer nada, aun cuando nacieren de mujer libre». Canon VI. Excomulgación al hombre libre que «preste su nombre

á un siervo de la Iglesia para que éste pueda adquirir algo y le condena á que entregue en la Iglesia lo que comprare el siervo». Este Concilio fué presidido por Benedicto VIII monstruo de crueldad, y la moral en que funda sus decisiones es que: «siendo todo sacerdote cosa divina pueden ser justamente adjudicadas á la Iglesia las mujeres que hayan sido gozadas por un sacerdote». El Concilio de Maguncia, de 1049, condena de una manera terminante la simonía y lujuria del alto clero. En el de Remis, el mismo año, se anatematiza la simonía de los obispos y la apostasía de los frailes. El año 1051, un Concilio de Roma excomulga por adúltero al arzobispo de Verona. En el mismo Concilio se castiga la incontinencia del clero, y se ordena que las mujeres que se hayan entregado á los sacerdotes de Roma, pertenecerán como esclavas al palacio de Letrán. El Concilio de Roma, en 1059, prohíbe que se diga la misa de un sacerdote que viva amancebado, prohíbe también á éste el que celebre la misa y lea el Evangelio y permanezca en el santuario durante el oficio divino, etc. El Concilio de Viena, 1060, encierra varios cánones contra la incontinencia del clero, particularmente contra los obispos, sacerdotes y diáconos que, después de haberse dedicado á la vida clerical, continúan diciendo misa. En 1064 el Concilio de Reims depuso por sus crímenes y lujuria al arzobispo de la ciudad. Los cánones tienen los Concilios de Reims en 1072 y de Roma en 1074. En 1080 se celebró el Concilio de Lillebonne, el cual prohíbe en su canon III que los sacerdotes ó frailes vivan con mujeres. El canon V prohíbe á los obispos el «que confiesen á los sacerdotes á sufrir penas pecuniarias por el concubinato en que viven». El Concilio de Meis, en 1083, dedica sus cánones I y II á la simonía ó incontinencia del clero. El canon XIV ordena sean expulsados de los conventos y de las iglesias los hijos de los sacerdotes, á menos que hayan sido educados entre frailes ó canónigos. Por fin, el Concilio de Nimes, en 1090, castiga con el látigo y la prisión, degradándolos, á los sacerdotes lujuriosos.

La lucha entre el Papado y el clero continúa. Es necesario hacer del cura un soldado, es necesaria á la Iglesia una milicia de obediencia ciega y confianza absoluta, y para ello no se necesitan hombres: lo que se quiere es que no lo sean. ¿Lo consue la Iglesia? Sí, lo consue. La lucha iniciada por León IX contra el matrimonio clerical, seguida por Gregorio VII se continúa por sus sucesores durante quinientos años, con el ánimo firme de destruir de una vez para siempre la familia del clero, á fin de aislarle, dejarle solo; porque el Papado conoce, el Papado sabe que, mientras el sacerdote tenga mujer ó hijos á quien querer, no será el esclavo sumiso que ella busca. Y era esto tanto más necesario, cuanto que de él dependía el engrandecimiento de la Iglesia que, en su ambición sin límites, quería hacer del vicario del humilde Cristo, el soberbio rey del mundo. El clero protestó negándose á abandonar

(Continuará)

Los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

CXCI

¿La duda? Eso es lo que yo no comprendo.

¿La duda? Pues no sabemos que muchos millones de impíos pagamos *velis volis* los palacios del Papa, las carrozas de los cardenales, el lujo de todos los prelados, en una palabra, desde las piedras preciosas de la tiara hasta la bazoña del sacristán?

¿La duda viendo los moquetes del alto clero y la tersa faz de los castrados?

CXCII

No lo entiendo, pero no es esta ocasión de detenerme, sino de proseguir apuntando lo que mi egregio compañero prosiguió diciendo. Perdoneme el lector la interrupción.

«Sí, exclamaba, he estado en Roma y he visto lo siguiente, señores diputados: y aquí podría invocar la autoridad del Sr. Posada Herrera, embajador revolucionario de la nación española, que tantas y tan extraordinarias distinciones ha merecido al Papa, hasta el punto de haberle formado su pintoresca guardia noble.

«Hay, señores, en Roma, un sitio que es lo que se llama sala regia, en cuyo punto está la gran capilla Sixtina, immortalizada por Miguel Ángel, y la capilla Paulina, donde se celebran los misterios del Jueves Santo, donde se pone el monumento, y en el fondo está el sitio por donde se entra a las habitaciones particulares de Su Santidad. Pues esa sala se halla pintada, si no me engaño, aunque tengo muy buena memoria, por el célebre historiador de la pintura en Italia, por Vasari, que era un gran historiador, pero un mediano artista.

«Pues bien, este grande historiador había pintado aquello a gusto de los Papas, y había pintado, entre otras cosas, la falsa donación de Constantino, porque en la historia eclesiástica hay muchas falsedades, las falsas decretales, el falso voto de Santiago, por el cual hemos estado pagando tantos siglos un tributo que no debíamos, y que si lo pidiéramos ahora a la Iglesia con todos sus intereses no habría en toda la nación española bastante para pagarnos aquello que indebidamente le hemos dado.»

CXCIII

Quisiera pasar adelante, pero no puedo: me turba el adverbio indebidamente. Sería curioso que el célebre orador se propusiera demostrar qué es lo que pagamos por el voto de Santiago.

¿Por ventura no hemos debido siempre a las preces de la Iglesia todo cuanto valen nuestros goces en la paz, nuestras glorias en la guerra, nuestra fe en

los misterios, nuestra repugnancia al in-nob e trabajo, nuestro amor al ocio, que es lo que más nos asemeja a la Divinidad?

¡Indebidamente!

Pues si no se lo debemos todo a la Iglesia, ¿a quién deberemos? ¡Ah! Reconocer los créditos de los terrenales tenedores del tres por ciento, y negar la deuda del voto de Santiago es la más cínica inspiración del dolo, del fraude; es abandonar a Jesús y seguir a Barrabás, como dijo el otro: no el frívolo periódico de Sanchez Perez que se llama *El Otro*, sino otro, que también es periódico, pero no es frívolo.

CXCIV

Voy a probar que debíamos y debemos pagar todo lo pagable por el voto de Santiago.

Pero no lo voy a probar ahora mismo, ni aquí mismo.

Lo haré más adelante y donde mejor me parezca.

Ahora me contentaré con afirmar que si hay cosa que no se pague con dinero, es lo que hace la Iglesia por nosotros.

Todas las tardes (creo que a las cuatro) resuenan nuestros templos con cánticos en latín, en que se pide a Dios que que se sirva hacernos felices.

¡Y qué! Esos cantares, especie de alegatos continuos en que protestamos del pecado original y de los pecados de traducción, de la muerte de Jesús y de las amarguras con que afligimos el corazón de su vicario, sea quien fuere, ¿no influyen en el ánimo del Todopoderoso?

Cuando llueve a tiempo; cuando en vez de quemarse un barrio entero se quema sólo una casa; cuando en vez de quemarse toda una ciudad se quema sólo un barrio; cuando obcecados por la codicia y el espíritu de desorden tomamos un décimo ó medio billete, y en vez de recibir un castigo del cielo, nos cae un premio regularcillo, ¿creéis que todo esto lo hace la Providencia, prescindiendo de los informes que le han dado cantando los clérigos?

¡Ah ilusos!...

CXCV

Pero voy a copiar el párrafo que pronunció Castelar después de los ya trascritos.

¿Se acuerda el lector de lo que tratábamos?

El párrafo dice así:

«Pues bien, señores diputados: en aquel salón se encuentran varias cosas, entre otras D. Fernando el Católico, y esto con mucha justicia; pero hay un fresco en el cual está un emisario del rey de Francia, presentándole al Papa la cabeza de Coligny; hay un fresco donde están en medio de apoteosis, en medio de ángeles, los verdugos, los asesinos de la noche de San Bartolomé; de suerte que la Iglesia, no solamente acepta aquello, no solamente en la capilla Sixtina ha llamado admirable a la noche de San Bartolomé, sino que des-

pués la ha immortalizado junto a los frescos de Miguel Ángel, arrojando esta eterna herejía a la razón, a la justicia y la historia.»

CXCVI

El discurso del impío está juzgado.

La razón, la justicia y la historia son cosas meramente humanas y falibles; ¡valientes argumentos para oponer a la revelación, a la gracia y al canto llano considerado como procedimiento para bienquistarnos con el cielo!

Pero ya que viene al caso, también debo decir que si el melifúo Castelar arrojó sobre la Iglesia su bilis sonrosada, el insensato Garrido, en venganza sin duda del costal de excomuniones que tiene que llevar auestas, quiso manchar con su verdosa baba la nitidez de la esposa de Jesucristo.

CXCVII

¡Inútil empeño! Para arrebatarse al clero de hoy su presupuesto, se entretuvo en mil fútiles digresiones, completamente ajenas así a la inmortalidad del alma como a sus destinos futuros, que es lo que importa demostrar cuando se trata de poner en claro si los que tenemos derecho a ser impíos, tenemos al propio tiempo de pagar cada año 180.000.000 (digo CIENTO OCHENTA MILLONES) de reales a unos hombres que se dedican exclusivamente a combatir nuestra impiedad.

CXCVIII

Que los datos aducidos por Garrido son históricos, ya lo sé; que están tomados de documentos oficiales, me consta; pero que no hacen al caso, no es menos cierto, y no puedo resistir a la tentación de probarlo. Soy débil en estas materias, lo confieso; y en cuanto me siento tentado en lo más mínimo, cedo.

CXCIX

Decía, pues, Fernando Garrido:

«El clero poseía en 1826 la friolera de 2.944.889 animales domésticos.

«Entre todos los demás españoles juntos sólo poseían 21.360.000.

«Entre el clero regular, las monjas y el clero secular resultaban entonces más de 151.000 individuos; de manera que por término medio le correspondían a cada uno más de quince animales.

«En esta misma proporción a cada cinco personas consagradas a la Iglesia correspondían ocho reses vacunas.

«A cada una de ellas les correspondían además doce y medio carneros.

«Y por la misma regla correspondía también a cada uno un cerdo por barba.»

CC

Ahora pregunto yo, y me parece que con razón, ¿qué tiene que ver con esto la Encarnación milagrosa del Verbo, ni el postulado de la Trinidad?

(Continuará.)